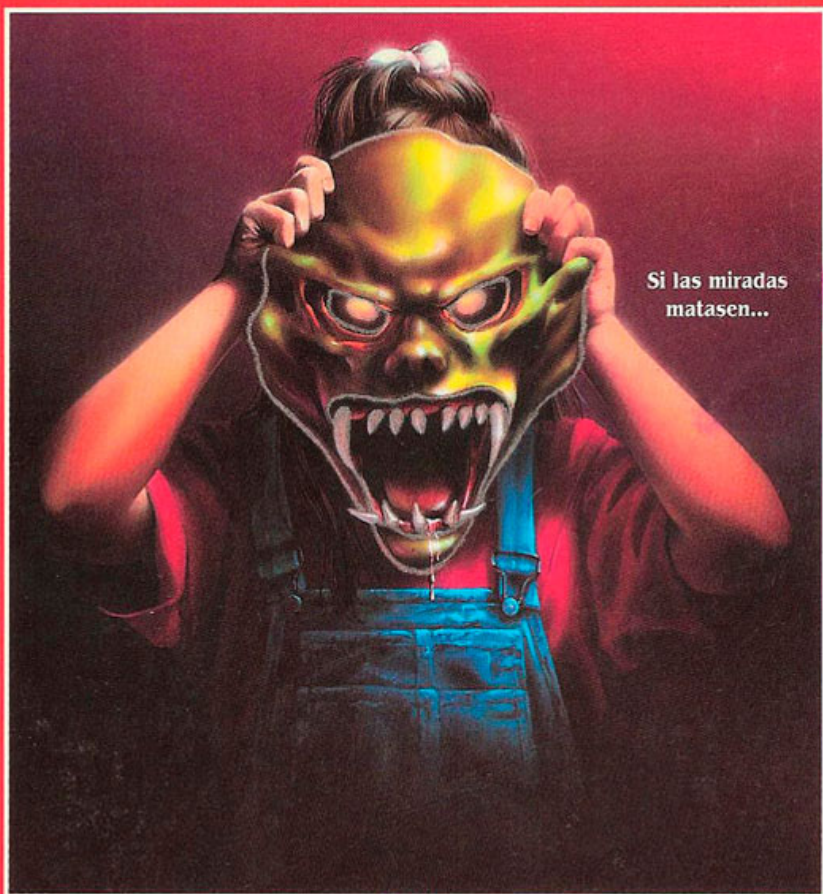


R.L. Stine

Pesadillas

La máscara maldita



Si las miradas
matasen...

se

¡Qué horrible es la máscara de *Halloween* que se ha puesto Carly Beth! Es tan horrenda que da unos sustos de muerte a su hermano pequeño. Tan aterradora que incluso sus amigos están impresionados. Es la mejor máscara de *Halloween* que había tenido. Algo en lo que Carly Beth siempre había soñado. ¡Una pasada! Tal vez demasiado, porque la fiesta de *Halloween* casi ha terminado y Carly Berth aún sigue llevando esa máscara especial... Su vida puede convertirse en un cara a cara con una pesadilla.



R. L. Stine

La máscara maldita

Pesadillas — 12

ePub r1.0

javinintendero 28.09.13

Título original: *Goosebumps #11: The Haunted Mask*

R. L. Stine, 1996

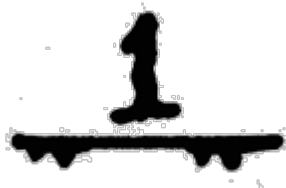
Traducción: María José Rodellar

Editor digital: javinintendero

Digitalización del texto: Rayul

ePub base r1.0





—¿De qué piensas disfrazarte en Halloween? —preguntó Sabrina Masón, revolviendo los macarrones amarillos de la bandeja del almuerzo con el tenedor pero sin llevárselo a la boca.

Carly Beth Caldwell negó con la cabeza. Su cabello castaño y liso relucía bajo la luz del techo del comedor.

—No sé. Quizá de bruja.

Sabrina se quedó boquiabierta de sorpresa.

—¿Tú? ¿De bruja?

—¿Y por qué no? —dijo Carly Beth, mirando fijamente a su amiga, sentada al otro extremo de la mesa.

—Pensaba que te daban miedo las brujas —repuso Sabrina. Se llevó un tenedor cargado de macarrones a la boca—. Estos macarrones parecen de goma —se quejó, masticando con esfuerzo—. A ver si me traigo la comida de casa.

—¡A mí no me dan miedo las brujas! —porfió Carly Beth, con los ojos centelleantes—. Lo que pasa es que crees que soy una miedica, ¿verdad?

Sabrina soltó una risita.

—Sí —respondió lanzando la negra cola de caballo hacia atrás con una sacudida de cabeza—. Oye, no te comas los macarrones. En serio, son repugnantes. —Alargó el brazo por encima de la mesa para impedir que Carly Beth levantara el tenedor.

—¡Estoy muerta de hambre! —protestó ésta.

El comedor se llenó de gente y de ruido. En la mesa de al lado unos chicos de quinto se lanzaban unos a otros un tetrabick medio

lleno de leche. Carly Beth vio cómo Chuck Greene hacía una bola con un pastelillo de fruta y se metía toda la masa pegajosa en la boca.

—¡Ag! —exclamó, dirigiéndole una mueca de repugnancia. Luego se volvió hacia Sabrina y prosiguió—: Pues no soy una miedica, Sabrina. Lo que ocurre es que todo el mundo se mete conmigo y...

—¿Y lo de la semana pasada? ¿Ya no te acuerdas? ¿En mi casa? —Sabrina abrió una bolsa de patatas fritas y le ofreció a su amiga.

—¿Te refieres a lo del fantasma? —respondió Carly Beth frunciendo el ceño—. Eso fue una tontería.

—Pero tú te lo creiste —dijo Sabrina con la boca llena de patatas—. Te creiste de verdad que la buhardilla de mi casa estaba embrujada. Tendrías que haber visto la cara que pusiste cuando empezó a crujir el techo y oímos pisadas arriba.

—Es que sois muy malos —se quejó Carly Beth, poniendo los ojos en blanco.

—Y luego, cuando oíste que las pisadas bajaban las escaleras, te pusiste pálida y lanzaste un grito —recordó Sabrina—. Y eran Chuck y Steve.

—Ya sabes que los fantasmas me dan miedo —dijo Carly Beth, sonrojándose.

—Y las serpientes, y los insectos, y los ruidos fuertes, y la oscuridad, y las brujas... —afirmó Sabrina.

—No sé por qué tienes que burlarte de mí —dijo Carly Beth poniendo cara seria. Apartó la bandeja de la comida y prosiguió—: No sé por qué todo el mundo se lo pasa tan bien asustándose. Incluso tú, que eres mi mejor amiga.

—Lo siento —manifestó Sabrina sinceramente. Alargó la mano y le dio un apretón tranquilizador en la muñeca—. Es que eres muy fácil de asustar y no hay quien se resista. Toma, ¿quieres más patatas? —Empujó la bolsa hacia su amiga.

—A lo mejor un día te asustaré yo a ti —amenazó Carly Beth.

—¡Imposible! —exclamó su amiga.

Carly Beth continuó poniendo cara seria. Tenía once años, pero era más bien pequeña. Su carita redonda y su naricilla chata (que ella tanto odiaba) le daban un aspecto aún más joven.

Sabrina en cambio era alta, morena, y tenía un aspecto sofisticado. Se recogía el cabello negro y liso en una cola de caballo y tenía unos enormes ojos oscuros. Cuando estaban juntas todo el mundo pensaba que Sabrina tenía doce o trece años, aunque en realidad Carly Beth era un mes mayor que su amiga.

—Quizá no vaya de bruja —declaró por fin Carly Beth pensativa, apoyando la barbilla en las manos—. A lo mejor me disfrazo de monstruo repugnante, con los ojos colgando y una baba verde chorreando por la cara...

De pronto se produjo un repentino estrépito y Carly Beth soltó un grito. Tardó varios segundos en darse cuenta de que no era más que una bandeja que se había caído al suelo. Al volverse vio a Gabe Moser arrodillado y rojo como un tomate, recogiendo la comida del suelo. Los aplausos y gritos de entusiasmo resonaron en el comedor.

Carly Beth se acurrucó en el asiento avergonzada por el grito que había dado. Acababa de recuperar el ritmo normal de la respiración cuando una mano la cogió por el hombro desde atrás.

El chillido de Carly Beth retumbó en todo el comedor.

2

Oyó una risotada. Alguien gritó desde otra mesa:

—¡Así se hace, Steve!

Volvió la cabeza y vio a su amigo Steve Bos-well de pie detrás de ella, con una sonrisita maliciosa en el rostro.

—¡Te pesqué! —dijo soltándola.

Steve apartó la silla de al lado de Carly Beth y se sentó después de pasar por encima del respaldo. El mejor amigo de Steve, Chuck Greene, soltó la cartera sobre la mesa y tomó asiento junto a Sabrina.

Steve y Chuck se parecían tanto que podrían haber sido hermanos. Ambos eran altos y delgados y solían ocultar el cabello castaño y liso bajo gorras de béisbol. Ambos tenían ojos castaños y una sonrisa bonachona, ambos vestían tejanos descoloridos y camisetas oscuras de manga-larga, y a ambos les encantaba espantar a Carly Beth, darle sustos y hacerla saltar y gritar. Se pasaban horas pensando cómo hacerlo.

Ella se prometía una y otra vez que jamás volvería a caer en una de sus estúpidas trampas, pero hasta el momento no lo había conseguido ni una sola vez. Carly Beth amenazaba siempre con vengarse, pero desde que eran amigos no se le había ocurrido nada que pudiera funcionar.

Chuck alargó la mano para coger las pocas patatas que quedaban en la bolsa de Sabrina, que se la apartó con un golpecito juguetón.

—¿Dónde está tu bolsa?

Steve puso entonces un bulto envuelto con papel de aluminio arrugado debajo de la nariz de Carly Beth.

—¿Quieres un bocadillo? A mí no me apetece.

Carly Beth lo olisqueó con desconfianza.

—¿De qué es? Estoy muerta de hambre.

—De pavo. Toma —dijo Steve ofreciéndoselo—. Está demasiado seco. A mi madre se le ha olvidado poner mayonesa. ¿Lo quieres?

—Bueno, gracias —respondió Carly Beth, que cogió el bocadillo de manos de Steve, lo desenvolvió y le dio un buen mordisco.

Cuando empezó a masticar se dio cuenta de que tanto Chuck como Steve la observaban sonrientes. Aquello tenía un sabor raro, estaba como pegajoso y amargo. Carly Beth dejó de masticar.

Chuck y Steve se reían ya abiertamente. Sabrina parecía desconcertada.

Carly Beth soltó un gruñido de asco y escupió en una servilleta el pedazo de bocadillo que tenía en la boca. Entonces abrió el pan... y vio un enorme gusano encima del pavo.

—¡Aggg! —exclamó, llevándose las manos a la cara.

El comedor se llenó de risas, de risas crueles.

—¡Me he comido un gusano! ¡Me parece que voy a vomitar! —gruñó Carly Beth. Se puso en pie de un salto y dirigió a Steve una mirada furiosa—. No tiene gracia. Es..., es...

—El gusano no es de verdad —dijo Chuck. Steve se reía tanto que no podía ni hablar.

—¿Qué? —Carly Beth bajó la vista y sintió náuseas.

—No es de verdad, es de goma. Cógelo —le indicó Chuck.

Carly Beth vaciló.

En todo el amplio comedor, los chicos y chicas murmuraban y la señalaban con el dedo, riendo.

—Venga, cógelo, que no es de verdad —repitió Chuck.

Carly Beth acercó dos dedos y levantó con prevención el gusano pardusco del bocadillo. Estaba caliente y pegajoso.

—¡Te he vuelto a pillar! —dijo Chuck con una carcajada.

¡Era de verdad! ¡Un gusano de verdad!

Con un grito de horror, Carly Beth le lanzó el gusano a Chuck, que se reía de manera incontrolada. Luego se alejó de la mesa precipitadamente, derribando la silla. Entonces se cubrió la boca,

intentando controlar las náuseas, y salió corriendo del comedor.

«¡Aún noto el sabor! ¡Aún noto el sabor en la boca! ¡Ésta me la pagarán! —se dijo con amargura sin dejar de correr—. Ya lo creo que me la pagarán».

Las crueles risotadas la seguían por el pasillo mientras empujaba la doble puerta y se precipitaba hacia el lavabo de chicas.

3

Al salir de clase, Carly Beth recorrió los pasillos sin hablar con nadie. Oía reírse y cuchichear a sus compañeros, y sabía que se burlaban de ella.

Se había corrido la voz por el colegio de que Carly Beth Caldwell se había comido un gusano en el almuerzo. Carly Beth la miedica. Carly Beth, que se asustaba hasta de su propia sombra. Carly Beth, la ingenua que se dejaba engañar fácilmente.

Chuck y Steve habían metido en un bocadillo un gusano de verdad, un gusanote marrón, y ella le había dado un enorme mordisco.

¡Qué idiota!

Carly Beth recorrió a la carrera las tres largas manzanas que la separaban de su casa, y su enfado iba creciendo a cada paso que daba.

¿Cómo han podido hacerme eso mis amigos? ¿Por qué les gusta tanto asustarme?

Entró en casa bruscamente, con la respiración entrecortada.

—¿Hay alguien? —gritó, deteniéndose en el recibidor y apoyándose en la barandilla de las escaleras para recuperar el aliento.

Su madre salió presurosa de la cocina.

—¡Carly Beth! ¡Hola! ¿Qué te pasa?

—Nada, he venido corriendo —repuso la niña, quitándose el chaquetón azul.

—¿Por qué? —preguntó su madre.

—Es que tenía ganas de correr —respondió Carly Beth malhumorada.

La madre le colgó el chaquetón en el ropero del recibidor. Y luego le acarició cariñosamente el suave cabello castaño.

—¿De dónde habrás sacado tú este pelo tan liso? —Su madre solía repetir aquella pregunta.

Carly Beth era consciente de que no se parecía en absoluto a su madre, una mujer alta y gruesa de espesos rizos cobrizos y alegres ojos verdes. Era muy activa, y hablaba con la misma rapidez con que se movía. Aquel día llevaba un suéter de felpa manchado de pintura sobre unas mallas negras de lycra.

—¿Se puede saber por qué estás de tan mal humor? —preguntó la señora Caldwell.

Carly Beth negó con la cabeza.

—Por nada. —No tenía ganas de contarle a su madre que se había convertido en el hazmerreír del colegio.

—Ven aquí, quiero enseñarte una cosa —dijo la señora Caldwell tirando de Carly Beth hacia la sala de estar.

—De verdad que no estoy de humor, mamá —repuso la muchacha, resistiéndose—. Es que...

—¡Venga! —insistió la madre, haciéndola avanzar por el pasillo. A Carly Beth siempre le resultaba imposible discutir con su madre. Era como uno de esos huracanes que lo arrasan todo a su paso—. ¡Mira! —exclamó la señora Caldwell sonriendo y señalando la repisa de la chimenea.

Carly Beth siguió el recorrido de la mirada de su madre.

—¡Sí es una cabeza! —exclamó sorprendida.

—Pero no una cabeza cualquiera —aclaró la señora Caldwell resplandeciente—. Venga, mírala de cerca.

Carly Beth dio unos pasos hacia la chimenea, sintiendo los ojos de la cabeza clavados en ella. Tardó todavía unos instantes en reconocer el cabello castaño liso, los ojos marrones, la naricilla chata y las mejillas redondas.

—¡Soy yo! —exclamó mientras se aproximaba.

—Sí. A tamaño natural —dijo la señora Caldwell—. Acabo de llegar de la clase de arte en el museo. La he terminado hoy mismo. ¿Qué te parece?

Carly Beth la cogió en sus manos y la examinó atentamente.

—Es igualita a mí, mamá, de veras. ¿De qué está hecha?

—De yeso blanco —repuso su madre, quitándosela de las manos y sosteniéndola para que Carly Beth se encontrara cara a cara consigo misma—. Ten cuidado. Es delicada. Está hueca, ¿ves?

Carly Beth observó la cabeza con atención y clavó la mirada en sus propios ojos.

—Es... es un poco tétrico —masculló.

—¿Quieres decir que me ha salido muy bien? —preguntó su madre.

—No sé, lo veo tétrico, simplemente —repuso Carly Beth.

Hizo un esfuerzo por apartar los ojos de la reproducción de sí misma y vio que la sonrisa de su madre había desaparecido. La señora Caldwell parecía ofendida.

—¿No te gusta?

—Sí, claro que me gusta. Está muy bien, mamá —se apresuró a contestar—. Pero, oye una cosa, ¿cómo se te ha ocurrido hacer eso?

—Porque te quiero —respondió lacónica la señora Caldwell—. ¿Por qué va a ser? Carly Beth, de verdad que tienes unas reacciones rarísimas. Me ha costado mucho hacer esta escultura. Pensaba que...

—Lo siento, mamá. Me gusta, de verdad —insistió—. Es que ha sido una sorpresa, simplemente. Es fantástica. Es igualita a mí. Es... es que he tenido mal día, nada más.

Carly Beth miró de nuevo la escultura con atención. Los ojos marrones —sus propios ojos marrones— le devolvieron la mirada. El cabello castaño relucía bajo los rayos de sol que entraban por la ventana.

¡Me ha sonreído!, pensó Carly Beth boquiabierta. ¡Lo he visto! ¡He visto cómo me sonreía!

No, tenía que ser efecto de la luz. Era una cabeza de yeso blanco.

No te vuelvas a asustar tontamente, Carly Beth. Por hoy ya está bien de hacer el ridículo.

—Gracias por enseñármela, mamá —dijo torpemente, apartando los ojos, y añadió con una sonrisa—: Dos cabezas es mejor que una, ¿verdad?

—Exacto —coincidió la señora Caldwell animadamente—. Ah, Carly Beth, el disfraz de pato ya está listo. Lo he dejado encima de tu cama.

—¿El disfraz de pato?

—¿No te acuerdas que vimos un disfraz de pato en las galerías? —La señora Caldwell volvió a colocar cuidadosamente la escultura en la repisa de la chimenea—. Un disfraz que tenía muchas plumas. Pensaste que sería divertido disfrazarte de pato en Halloween, así que te he hecho uno.

—Ah, sí —dijo Carly Beth. La cabeza le daba vueltas. ¿De verdad iba a tener que llevar un estúpido disfraz de pato este Halloween?—. Voy a echarle un vistazo. Gracias.

Se le había olvidado por completo lo del disfraz de pato. Este año no quiero un disfraz de niña mona, se dijo. Quiero algo que dé miedo.

Había visto unas máscaras terroríficas en el escaparate de una tienda nueva de artículos para fiestas que habían abierto a unas manzanas del colegio. Estaba convencida de que una de aquellas máscaras sería perfecta, pero ahora iba a tener que ir por ahí cubierta de plumas, aguantando las bromas de todo el mundo.

No era lógico. ¿Por qué su madre tenía que hacer caso de todo lo que decía? El hecho de que le hubiera gustado un disfraz de pato que había visto en una tienda no quería decir que en Halloween quisiera ir vestida de pato ridículo.

Carly Beth titubeó antes de entrar en su cuarto. Le sorprendió que la puerta estuviera cerrada. Ella nunca cerraba la puerta.

Prestó atención. Le pareció oír que alguien respiraba al otro lado. Alguien o algo. El sonido se volvió más intenso. Carly Beth pegó la oreja a la puerta. ¿Qué había en su cuarto? Sólo existía una manera de averiguarlo.

Al abrir la puerta se llevó un susto tremendo y profirió un grito.

4

¡CUAAAAC!

Un enorme pato blanco de ojos feroces, se abalanzó sobre Carly Beth. Ella retrocedió asustada, dando traspiés. El pato consiguió derribarla y la aplastó contra el suelo del pasillo.

¡CUAAAAC! ¡CUAAAAC!

Lo primero que se le ocurrió pensar, aterrorizada como estaba, fue que el disfraz había cobrado vida, pero enseguida se situó en la realidad.

—¡Noah! ¡Sal de encima! —Trató de apartar al enorme pato de su pecho. Las plumas le rozaron la nariz—. ¡Ay, que me haces cosquillas! —Estornudó—. ¡Venga, Noah, sal de encima!

¡CUAAAAC!

—¡Hablo en serio, Noah! —le gritó a su hermano de ocho años—. ¿Qué haces con mi disfraz? ¿Es que no sabes que es mío?

—Sólo me lo estaba probando —le respondió Noah, mirándola fijamente con sus ojos azules a través de la máscara de pato blanca y amarilla—. ¿Te he asustado?

—¡Qué va! —mintió Carly Beth—. ¡Venga, levanta, que pesas mucho!

Pero el niño se negó a moverse.

—¿Por qué siempre quieres lo que es mío? —inquirió furiosa Carly Beth.

—No es verdad.

—¿Y por qué te hace tanta gracia asustarme siempre?

—¿Qué culpa tengo yo de que te asustes cada vez que hago

«¡muh!»? —respondió con malicia.

—¡Vamos, levanta!

El niño repitió unas cuantas veces más la voz del pato mientras agitaba las alas, y por fin se puso en pie de un salto.

—¿Me puedo quedar el disfraz? Es muy chulo.

Carly Beth frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—Me has llenado de plumas, parece que estés en tiempo de muda.

—¿De muda? ¿Y eso qué quiere decir? —preguntó Noah, quitándose la máscara. Tenía el cabello rubio húmedo de sudor y pegado a la cabeza.

—Quiere decir que vas a ser un pato calvo —le dijo Carly Beth.

—Me da igual. ¿Me puedo quedar el disfraz? —insistió Noah, observando la máscara—. Me queda a la medida, de verdad.

—No lo sé —respondió su hermana—. A lo mejor. —Entonces sonó el teléfono de su habitación—. Anda, vete por ahí con la música a otra parte —le dijo mientras se apresuraba a contestar el teléfono.

Al correr hacia el escritorio vio que tenía la cama cubierta de plumas. El disfraz no llegará a Halloween, pensó.

—¿Diga? Ah, hola, Sabrina. Sí, estoy bien.

Sabrina llamaba para recordarle que la feria científica del colegio era al día siguiente, y que tenían que terminar el trabajo que iban a presentar, una reproducción del sistema solar hecha a base de pelotas de ping-pong.

—Vente después de cenar —le dijo Carly Beth—. Casi está terminado. Sólo nos queda pintarlo. Mi madre ha dicho que mañana nos ayudará a llevarlo al colegio.

Charlaron un rato, y luego Carly Beth le confesó:

—Durante la comida, me he puesto furiosísima, Sabrina. ¿Por qué a Chuck y Steve les divierte tanto hacerme esas cosas?

Sabrina guardó silencio unos instantes.

—Supongo que porque eres muy escandalosa —repuso por fin.

—¿Escandalosa?

—Gritas enseguida —explicó Sabrina—. Otra gente también se asusta, pero arman menos jaleo.

Ya conoces a Chuck y Steve; no lo hacen con mala intención,

sino porque les resulta divertido.

—Pues a mí no me parece nada divertido —respondió Carly Beth malhumorada—. Y no pienso volver a asustarme. En serio. No pienso volver a gritar ni a asustarme.

Todos los trabajos de ciencias estaban expuestos en el escenario de la sala de actos para que el jurado los puntuara. La señora Armbruster, la directora, y el señor Smythe, el profesor de ciencias, iban de un lado a otro de la exposición tomando notas en sus cuadernos.

El sistema solar que habían elaborado Carly Beth y Sabrina había sobrevivido desde casa al colegio en bastante buen estado. Plutón tenía una pequeña abolladura que las chicas intentaron arreglar infructuosamente, y la Tierra se soltaba una y otra vez de la cuerda que la sostenía y rebotaba en el suelo, pero las dos coincidían en que les había quedado bastante bien.

Tal vez no resultara tan impresionante como el trabajo de Martin Goodman, que había construido todo un ordenador él solito, pero Martin era un genio y Carly Beth imaginaba que los jueces no iban a pretender que todos los participantes fueran genios.

Carly Beth echó un vistazo por el atestado y bullicioso escenario y vio otros trabajos interesantes.

Mary Sue Chong había hecho un brazo de robot electrónico capaz de levantar un vaso y saludar, y Brian Baldwin había presentado varias botellas de cristal llenas de un asqueroso líquido marrón que según él eran residuos tóxicos.

Un chico había hecho un análisis químico del agua potable de la ciudad, y otro había construido un volcán que haría erupción cuando se acercaran los dos jueces.

—Nuestro trabajo es bastante soso —le susurró Sabrina a Carly Beth ante el ordenador casero de Martin Goodman—. No son más que pelotas de ping-pong pintadas y colgadas de cuerdas.

—Pues a mí me gusta —dijo Carly Beth—. Y hemos trabajado mucho para hacerlo.

—Ya sé que hemos trabajado mucho en él, pero me sigue pareciendo soso —insistió Sabrina con voz malhumorada.

El volcán hizo erupción con un surtidor de líquido rojo. Los

jueces parecían impresionados. Varios chicos lanzaron gritos de admiración.

—Ay, ay, ay, ya vienen —susurró Carly Beth metiéndose las manos en los bolsillos de los tejanos. La señora Armbruster y el señor Smythe se estaban acercando con las sonrisas puestas, pero antes se detuvieron a contemplar un trabajo de luz y cristales.

De repente, Carly Beth oyó unas exclamaciones de sorpresa y preocupación procedentes de algún lugar situado a sus espaldas.

—¡Mi tarántula! ¡Se ha escapado mi tarántula! —Reconoció la voz de Steve, que repetía—: ¿Dónde está mi tarántula?

Algunos se pusieron a gritar, y otros se echaron a reír.

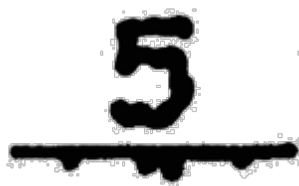
No pienso asustarme, se dijo Carly Beth tragando saliva con dificultad.

Le aterraban las tarántulas, pero esta vez estaba decidida a que no se le notara.

—¡Mi tarántula! ¡Se ha escapado! —gritó Steve por encima del vocerío.

No pienso asustarme. No pienso asustarme, se repetía Carly Beth una y otra vez.

Pero entonces notó un pellizco en la parte de atrás de la pierna, como una afilada pinza en la piel. Carly Beth soltó un agudo alarido de terror que resonó en toda la sala.



Al intentar librarse de la tarántula con una fuerte patada derribó todo el sistema solar, y las pelotitas de los planetas botaron por el suelo.

—¡Quitádmela! ¡Quitádmela! —se püso a vociferar.

—¡Para de una vez, Carly Beth! —le suplicó Sabrina—. No pasa nada. No pasa nada.

Carly Beth tardó todavía unos largos instantes en darse cuenta de que todo el mundo se estaba riendo. El corazón le latía con fuerza. Se giró de pronto y vio a Steve a cuatro patas detrás de ella. El chico imitó un pellizco con los dedos y dijo sonriente:

—Te he pillado otra vez.

—¡Nooo! —exclamó Carly Beth.

Entonces cayó en la cuenta de que no existía ninguna tarántula y que Steve le había dado un pellizco en la pierna.

Levantó la cabeza y vio que todos los chicos del escenario se estaban riendo, al igual que la señora Armbruster y el señor Smythe.

Con un gruñido furioso, Carly Beth lanzó un puntapié al costado a Steve, pero éste lo esquivó haciéndose a un lado.

—Ayúdame a recoger los planetas —oyó que le decía Sabrina.

La voz de Sabrina le llegaba desde muy lejos. Lo único que oía con toda claridad era los latidos de su corazón y las risas de los compañeros que la rodeaban. Steve se había puesto de pie. Chuck y él se encontraban uno junto a otro, sonriendo y estrechándose las manos en alto en señal de victoria, como los jugadores de

baloncesto.

—Ayúdame, Carly Beth —le suplicó Sabrina.

Pero ella dio media vuelta, bajó del escenario de un salto y echó a correr por el oscuro pasillo de la sala de actos.

Steve y Chuck me las van a pagar todas juntas, se propuso llena de rabia mientras sus zapatillas de deporte resonaban en el suelo de cemento. Les pienso dar un buen susto, un susto tremendo.

Pero, ¿cómo?

6

—Bueno. ¿A qué hora quedamos? —preguntó Carly Beth sosteniendo el auricular del teléfono entre la barbilla y el hombro.

Sabrina meditó un instante, al otro extremo de la línea.

—¿Qué te parece a las siete y media?

Era el día de Halloween. El plan consistía en encontrarse en casa de Sabrina y luego ir llamando a las puertas de todo el vecindario.

—Cuanto antes empecemos, mejor, más caramelos nos darán —dijo Sabrina—. ¿Te ha llamado Steve?

—Sí, me ha llamado —respondió Carly Beth lacónica.

—¿Y te ha pedido perdón?

—Sí, me ha pedido perdón —respondió, poniendo los ojos en blanco—. Después de hacerme quedar como una idiota delante de todo el colegio, ¿de qué me sirve ahora que me pida perdón?

—Me parece que le sabía mal.

—¡Eso espero! —exclamó Carly Beth—. Ha sido una broma de muy mal gusto.

—Sí, desde luego —coincidió Sabrina—, pero tienes que admitir que resultó la mar de gracioso.

—¡No tengo que admitir nada! —replicó Carly Beth bruscamente.

—¿Ha parado ya de llover? —inquirió Sabrina, cambiando de tema.

Carly Beth separó la cortina para echar un vistazo por la ventana de su cuarto. El cielo estaba gris, y los nubarrones flotaban bajos, aunque había dejado de llover. El asfalto brillaba bajo la luz de una

farola.

—Sí, ya no llueve. Tengo que dejarte. Hasta las siete y media —dijo Carly Beth rápidamente.

—Eh, un momento. ¿De qué vas disfrazada? —preguntó Sabrina.

—Es una sorpresa —contestó Carly Beth antes de colgar.

Y para mí también será una sorpresa, pensó mirando desconsolada al disfraz de pato, que estaba plegado sobre la silla del rincón.

Carly Beth había pensado ir después del colegio a la tienda nueva de artículos para fiestas y escoger la máscara más horripilante que tuvieran, pero su madre había ido a esperarla a la salida y había insistido en que se quedara en casa cuidando a Noah un par de horas.

La señora Caldwell no regresó hasta las cinco y cuarto. Ahora casi eran ya las seis menos cuarto. Seguro que la tienda estaría cerrada, pensó Carly Beth frunciendo el ceño ante el disfraz de pato.

Se acercó al espejo y se pasó el cepillo por el pelo.

Quizá valga la pena intentarlo, pensó. A lo mejor hoy la tienda cierra tarde.

Abrió el primer cajón de la cómoda y sacó su monedero. ¿Tendría suficiente dinero para comprar una buena máscara?

Treinta dólares. Los ahorros de toda la vida.

Dobló cuidadosamente los billetes y los volvió a meter en el monedero. Luego se lo puso en el bolsillo de los tejanos, cogió la chaqueta, bajó rápidamente las escaleras y salió a la calle.

El aire de la tarde era húmedo y frío. Carly Beth se subió la cremallera mientras corría hacia la tienda. En la ventana delantera de la casa de al lado habían puesto una calabaza iluminada, y del porche de la casa de la esquina pendían unos esqueletos de papel.

El viento aullaba a través de los árboles desnudos, cuyas ramas se agitaban y entrechocaban como si se tratara de brazos huesudos.

Qué noche más tétrica, pensó Carly Beth.

Empezó a correr más deprisa. Un automóvil pasó a su lado en silencio y los faros proyectaron una fantasmal luz blanquecina en la acera.

Carly Beth echó una mirada al otro lado de la calle y vio la vieja

mansión de los Carpenter, que se alzaba lúgubre sobre el jardín oscuro y lleno de maleza. Todo el mundo decía que en la destartalada casona merodeaban los espíritus de la gente que había sido asesinada allí hacía cien años.

Una vez Carly Beth oyó unos alaridos procedentes de la mansión. Cuando tenía la edad de Noah, Steve, Chuck y otros chicos se desafiaron unos a otros a acercarse a la mansión y llamar a la puerta. Carly Beth se fue corriendo a casa y nunca llegó a saber si los demás tuvieron la valentía suficiente para hacerlo.

Ahora sintió un estremecimiento de miedo al pasar a toda prisa ante la casona. Conocía al dedillo aquel barrio. Había vivido allí toda su vida, pero aquella noche le parecía distinto. ¿Sería el resplandor que había dejado la lluvia? No. Era una sensación densa que reinaba en la atmósfera. Una pesada oscuridad. El espectral resplandor anaranjado de las muecas que hacían las calabazas en las ventanas. Los gritos silenciosos de los espíritus y los monstruos que aguardaban el momento de su liberación la noche de Halloween.

Mientras intentaba apartar de su mente aquellos lúgubres pensamientos, Carly Beth dobló la esquina y divisó la tiendecita. En el escaparate iluminado se veían dos hileras de máscaras con los ojos perdidos en la calle.

¿Estaba abierta todavía? Cruzó los dedos, esperó a que pasara un camión y atravesó la calzada al trote. Luego se detuvo un momento a ver las máscaras del escaparate. Había máscaras de gorilas, y monstruos, y una de extraterrestre con el pelo azul.

No están mal, pensó. Son bastante horrendas, aunque seguramente tendrán otras más espantosas dentro.

Las luces del interior estaban encendidas. Echó un vistazo por el cristal de la puerta e intentó accionar la manilla, que no se movió. Lo intentó de nuevo. Tiró de la puerta hacia ella. Y luego empujó hacia dentro. Nada. No había manera. Había llegado demasiado tarde. La tienda estaba cerrada.

7

Carly Beth pegó la cara al cristal para escudriñar el interior. Las paredes de la tiendecita estaban cubiertas de máscaras y daba la impresión de que todas tenían los ojos clavados en ella.

Se están riendo de mí, pensó sombríamente. Se ríen de mí porque vengo demasiado tarde, porque la tienda está cerrada y yo voy a llevar un ridículo disfraz de pato.

Una sombra oscura avanzó de repente por el cristal y obstruyó la visión de Carly Beth, que se quedó sin respiración y retrocedió de un salto.

Tardó unos instantes en darse cuenta de que la sombra correspondía a un hombre, un hombre vestido con un traje negro que la miraba fijamente con expresión de sorpresa.

—¿Está... está cerrado? —gritó Carly Beth desde el otro lado del cristal.

El hombre le indicó por señas que no la oía.

Descorrió el pestillo y abrió la puerta unos centímetros.

—¿Quieres algo? —preguntó lacónico. Tenía el cabello negro y engominado, con la raya en el medio y un finísimo bigotillo también negro.

—¿Está abierto? —preguntó Carly Beth tímidamente—. Quisiera una máscara.

—Es muy tarde —dijo el hombre sin contestar la pregunta. Abrió la puerta unos centímetros más y añadió—: Normalmente cerramos a las cinco.

—Es que necesito una máscara, la necesito de verdad —le dijo

Carly Beth con su tono más firme.

Los diminutos ojillos del hombre escudaron los suyos sin alterar el gesto inexpresivo de su rostro.

—Entra —dijo con voz queda.

Al pasar junto a él para penetrar en la tienda, Carly Beth vio que llevaba también una capa negra. Debe de ser un disfraz de Halloween, se dijo. Seguro que normalmente no la lleva. Se fijó entonces en las máscaras que pendían de las dos paredes.

—¿Qué tipo de máscara buscas? —preguntó el hombre, cerrando la puerta.

Carly Beth se sintió invadida por el miedo. Los ojos negros del hombre brillaban como dos ascuas. Parecía un tipo rarísimo. Y allí estaba ella, encerrada con él en aquella tienda.

—U... una que dé miedo —tartamudeó.

El tendero se frotó la barbilla pensativo, señaló la pared y dijo:

—La de gorila ha tenido mucho éxito. El pelo es de verdad. Me parece que todavía me queda una.

Carly Beth observó atentamente la máscara de gorila. Lo cierto era que no quería ir de gorila. Estaba demasiado visto y no daba mucho miedo.

—¿No tiene nada que dé más miedo?

El hombre se ajustó la capa a los hombros del traje negro.

—¿Qué te parece esa amarilla de las orejas puntiagudas? —sugirió señalándosela—. Creo que es un personaje de *La guerra de las galaxias*. Si no me equivoco, aún me quedan unas cuantas.

—No. —Carly Beth subrayó la respuesta negando también con la cabeza—. Necesito algo que dé auténtico miedo.

Bajo el bigotillo del hombre se formó una extraña sonrisa. Sus ojos se clavaron en los de ella como si tratara de leerle el pensamiento.

—Mira tú misma —dijo haciendo un gesto con el brazo extendido—. Todo lo que me queda está colgado de las paredes.

Carly Beth paseó la mirada por las máscaras. Le llamó la atención una careta de cerdo con largos colmillos y un hilillo de sangre chorreando del hocico. No está mal, pensó, pero no es del todo lo que quiero.

Al lado pendía una máscara peluda de hombre lobo que lucía

unos afilados colmillos. Demasiado visto también, decidió.

Ante sus ojos pasaron una careta verde de Frankenstein, otra de Freddy Kruegger acompañada de una mano a la que no le faltaban largas cuchillas plateadas en el lugar de los dedos, y otra de ET.

No son suficientemente terroríficas, pensó Carly Beth, que empezó a sentirse desesperada. Necesito que cuando la vean Chuck y Steve se mueran de miedo.

—Jovencita, lo lamento pero vas a tener que decidirte —dijo el hombre de la capa con suavidad. Se había situado detrás del mostrador de la parte delantera de la tienda y estaba dando vuelta a una llave en la caja registradora—. En realidad está cerrado.

—Perdone —dijo Carly Beth—. Es que...

Antes de que pudiera terminar la frase sonó el teléfono.

El hombre lo cogió rápidamente y comenzó a hablar en voz baja de espaldas a Carly Beth. Ésta se dirigió a la parte de atrás, observando las máscaras de camino. Pasó ante una careta de gato negro de largos y feos colmillos. Una máscara de vampiro de cuya boca chorreaba sangre de un rojo vivo pendía junto a la cabeza calva del tío Fétido de *La familia Addams*, que hacía una mueca.

No es esto, no es esto, pensó Carly Beth frunciendo el ceño.

Al ver una puerta estrecha ligeramente abierta en la parte de atrás de la tienda, titubeó. ¿Habría otra habitación? ¿Tendrían más máscaras allí?

Echó un vistazo a la parte de delante. El hombre, envuelto en la capa, continuaba hablando de espaldas a ella.

Carly Beth dio un empujoncito a la puerta para asomarse. La puerta se abrió con un chirrido. Una tenue luz anaranjada bañaba la sombría trastienda. Carly Beth penetró en ella y se quedó boquiabierta de asombro.



Dos docenas de cuencas vacías observaban ciegamente a Carly Beth, que se quedó mirando atónita y horrorizada los rostros deformados.

Por fin cayó en la cuenta de que eran máscaras, dos estantes llenos de máscaras, pero eran tan espantosas, tan grotescas, tan reales, que la dejaron sin respiración.

Carly Beth se aferró al marco de la puerta, reacia a entrar en la oscura trastienda. Desde allí observó las horripilantes máscaras envueltas en la luz anaranjada.

El cabello largo, estropajoso y amarillo de una de ellas caía sobre una abultada frente verde. Una peluda cabeza de rata se asomaba entre la maraña con unos ojos brillantes como dos gemas oscuras.

La de al lado tenía una uña larga clavada en el hueco de un ojo. Un chorro de sangre espesa resbalaba mejilla abajo.

De otra máscara parecían desprenderse pedazos de piel podrida bajo los cuales aparecían huesos grisáceos. Un enorme insecto negro, una especie de escarabajo grotesco, se abría paso entre los putrefactos dientes verdes y amarillos.

El horror de Carly Beth se mezclaba con la alegría. Dio un paso hacia el interior del cuarto y las tablas del suelo crujieron bajo sus pies. Dio otro paso hacia las grotescas máscaras gesticulantes. Parecían reales, horriblemente reales. Los detalles de las caras eran perfectos. La piel no parecía de goma ni de plástico sino auténtica.

¡Son perfectas!, pensó mientras el corazón le latía con fuerza.

Son exactamente lo que buscaba. Incluso colgadas ahí resultan aterradoras.

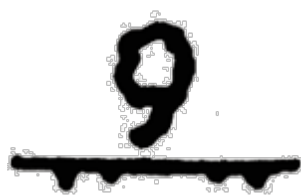
Se imaginó el momento en que Steve y Chuck la vieran acercarse con una de aquellas máscaras en la oscuridad de la noche, y se imaginó a sí misma lanzando un alarido espeluznante y saltando sobre uno de ellos desde detrás de un árbol. Se imaginó las expresiones horrorizadas del rostro de los chicos. Vio a Steve y Chuck chillando de terror y huyendo a la carrera.

¡Perfecto! ¡Perfecto! ¡Cómo se iba a reír! ¡Menuda victoria!

Carly Beth inspiró profundamente y se acercó a los estantes. Sus ojos se detuvieron en una espantosa máscara. Era una cabeza calva y llena de protuberancias, con la piel de un pútrido amarillo verdoso. Los enormes ojos hundidos eran de un espectral naranja fosforescente. Tenía la nariz ancha y chata, aplastada como la de los esqueletos. La boca, abierta, de labios oscuros, revelaba unos colmillos desiguales propios de un animal.

Sin apartar la vista de la pavorosa máscara, Carly Beth alargó una mano hacia ella y, no sin prevención, le tocó la ancha frente.

Al hacerlo, la máscara lanzó un grito.



—¡Ahhh!

Carly Beth lanzó un chillido y retiró la mano.

La máscara la observaba con una mueca sonriente. Los ojos color naranja centelleaban. Daba la impresión de que los labios retrocedían sobre la dentadura.

De pronto se sintió mareada. ¿Qué pasa aquí?

Mientras se apartaba de las estanterías, tambaleándose, se dio cuenta de que el grito furibundo no procedía de la máscara. Venía de detrás de ella. Carly Beth se volvió rápidamente y vio al propietario de la tienda que le lanzaba una mirada feroz desde la puerta, envuelto en su capa. Sus ojos negros emitían destellos, y su boca describía la curva descendente de un gesto amenazador.

—¡Ah! Pensaba... —empezó a decir Carly Beth, echando una rápida ojeada a la máscara. Todavía estaba confusa. El corazón le retumbaba en el pecho.

—Lamento que las hayas visto —dijo el hombre con voz ronca y malhumorada. Dio un paso hacia ella y su capa rozó el marco de la puerta.

¿Qué pretende hacer?, se preguntó Carly Beth sobresaltada. ¿Por qué se me acerca de esa manera? ¿Qué me va a hacer?

—Lo siento —repitió el hombre con los ojillos negros clavados en los suyos, y dio otro paso hacia ella.

Al retroceder y topar contra los estantes, Carly Beth se sobresaltó y lanzó un grito.

Las pavorosas máscaras temblaron, como si estuvieran vivas.

—¿Qué... qué quiere decir? —consiguió preguntar tartamudeando—. Yo... yo sólo...

—Lamento que las hayas visto porque no están a la venta —explicó el hombre.

Acto seguido pasó junto a ella y enderezó una de las máscaras sobre su soporte.

Carly Beth exhaló un sonoro suspiro de alivio. Él no pretendía asustarme, se dijo. Soy yo la que me asusto sola.

Cruzó los brazos sobre el pecho e intentó tranquilizarse para que su corazón recuperara el ritmo normal. Se hizo a un lado mientras el hombre continuaba ordenando las máscaras, tocándolas con cuidado, alisándoles el pelo con una mano y quitándoles tiernamente el polvo de la frente abultada y sangrante.

—¿No están a la venta? ¿Por qué? —preguntó Carly Beth con una voccecita aguda.

—Demasiado horripilantes —le respondió el hombre antes de volverse sonriente hacia ella.

—Pero eso es lo que yo busco. Quiero ésa —dijo ella señalando la que había tocado, la de la boca abierta y los horribles colmillos desiguales.

—Demasiado horripilante —repitió el hombre echándose la capa hacia atrás.

—¡Pero si es Halloween! —protestó Carly Beth.

—Tengo una de gorila que pone los pelos de punta —dijo el hombre, indicándole con un gesto que regresara a la tienda—. Da un miedo atroz. Parece que esté aullando. Como es tan tarde, te la dejaré a buen precio.

Carly Beth negó con la cabeza, manteniendo los brazos cruzados sobre el pecho en un gesto desafiante.

—Una careta de gorila no asustará a Steve y Chuck.

El hombre cambió de expresión.

—¿A quién?

—A mis amigos. Quiero ésa —insistió—. Da tanto miedo que casi no me atrevo a tocarla. Es perfecta.

—No, demasiado horripilante —repitió una vez más el hombre, bajando los ojos para mirarla. Pasó la mano sobre la verde frente y agregó—: No puedo hacerme responsable.

—¡Parece tan real! —exclamó Carly Beth—. Se morirán del susto, estoy segura, y así no volverán a asustarme.

—Jovencita... —empezó a decir el hombre, echando una mirada impaciente al reloj—. Insisto en que tienes que decidirte. Se me está acabando la paciencia y...

—¡Por favor! —suplicó Carly Beth—. ¡Por favor, véndamela! Mire, tenga. —Se metió la mano en el bolsillo de los tejanos y sacó todo el dinero que llevaba.

—Señorita...

—Treinta dólares —dijo Carly Beth, metiéndole el fajo de billetes doblados en la mano—. Le doy treinta dólares. Es suficiente, ¿verdad?

—No es cuestión de dinero. Estas máscaras no están a la venta. —Con un suspiro de exasperación, se dirigió a la puerta que comunicaba con la tienda.

—¡Por favor! ¡La necesito! ¡La necesito de verdad! —imploró Carly Beth corriendo tras él.

—Estas máscaras son demasiado reales —insistió, señalando los estantes—. Te lo advierto...

—¡Por favor! ¡Por favor!

El hombre cerró los ojos.

—Te arrepentirás.

—¡No, en absoluto, en absoluto! —exclamó Carly Beth, contentísima al ver que estaba a punto de ceder.

El hombre abrió los ojos y sacudió la cabeza, indeciso. Se metió el dinero en el bolsillo de la chaqueta y a continuación levantó cuidadosamente la cabeza del estante, enderezándole las orejas, y se la entregó.

—¡Gracias! —exclamó ella, cogiéndole ansiosa la máscara de las manos—. ¡Es perfecta! ¡Perfecta! —La sostuvo de la nariz, suave y, sorprendentemente, caliente—. ¡Gracias de nuevo! —exclamó mientras se apresuraba hacia la puerta, con el trofeo en la mano.

—¿Quieres una bolsa para llevarla? —le gritó el hombre, pero Carly Beth ya había salido de la tienda.

Cruzó la calle y echó a correr hacia su casa. El cielo estaba completamente negro. No había ni una estrella. El pavimento relumbraba debido a la lluvia de la tarde.

Ésta va a ser la mejor noche de Halloween de toda la historia, pensó alegremente, porque esta noche me voy a vengar.

Se moría de ganas de saltar sobre Steve y Chuck. Se preguntó de qué irían disfrazados. Habían hablado de pintarse la cara y el pelo de azul para disfrazarse de pitufos. Soso, muy soso.

Carly Beth se paró bajo una farola y sostuvo la máscara ante sus ojos, sujetándola con las dos manos por las puntiagudas orejas. Parecía que la mueca iba dirigida a ella; las dos hileras de colmillos torcidos sobresalían entre los abultados labios viscosos. Entonces se la colocó cuidadosamente bajo el brazo y corrió hasta su casa.

Al llegar al camino de acceso se detuvo y echó una mirada al edificio. Todas las ventanas de la fachada estaban iluminadas y la luz del porche proyectaba un resplandor blanco sobre el césped.

Tengo que probarla con alguien, pensó impaciente. Tengo que comprobar qué resultado da.

Le vino a la mente el rostro sonriente de su hermano.

—Noah, claro —dijo el voz alta—. Noah se lo ha estado buscando.

Con cara de felicidad, Carly Beth recorrió presurosa el camino, impaciente por convertir a Noah en su primera víctima.

10

Carly Beth entró silenciosa en el recibidor y dejó caer la chaqueta al suelo. Dentro de casa hacía calor y había un ambiente cargado. Un dulce aroma, el olor de chocolate caliente, salió a su encuentro.

A mamá le encanta celebrar todas las fiestas, pensó sonriendo.

Atravesó el recibidor de puntillas, sosteniendo la máscara ante sí, y aguzó el oído.

Noah, ¿dónde estás? ¿Dónde estás, conejillo de Indias?

Noah presumía siempre de que era mucho más valiente que Carly Beth. Le ponía insectos en la espalda, le metía serpientes de goma en la cama, y hacía cualquier otra cosa que la asustara.

Oyó pasos encima. Noah debe de estar en su cuarto, pensó. Seguramente se estará poniendo el disfraz de Halloween.

Su hermano había decidido en el último momento que iría de cucaracha. La señora Caldwell tuvo que buscar a toda prisa por la casa los materiales necesarios para fabricar las antenas y un caparazón para la espalda.

Bueno, al bichito le espera una sorpresa, se dijo Carly Beth con malicia, examinando su máscara. Cuando vea esto, la cucaracha correrá a refugiarse debajo del fregadero.

Se detuvo al pie de las escaleras. Oía la música a todo volumen que salía del cuarto de Noah. Una vieja canción heavy-metal.

Cogió la máscara por el cuello de goma, la levantó con cuidado por encima de su cabeza y se la puso despacio.

Sintió un calor sorprendente. La máscara le quedaba más

ajustada de lo que había imaginado al comprarla y tenía un extraño olor acre, como de periódicos húmedos que llevan años en una buhardilla o en un garaje.

Se la caló hasta que alcanzó a ver perfectamente por los agujeros de los ojos. Luego alisó el cráneo desnudo y lleno de protuberancias, y dio los últimos tirones al cuello.

Debería haberme mirado al espejo, pensó contrariada. Ahora no sé si está bien.

Notaba la máscara muy apretada contra el rostro, y la respiración retumbaba ruidosamente en la chata nariz.

Hizo un esfuerzo por no prestar atención al olor que la invadía.

Se agarró con fuerza a la barandilla y subió las escaleras cautelosamente. Tenía que subir despacio, peldaño a peldaño, pues le costaba ver los escalones por los agujeros.

La música heavy-metal enmudeció en el momento en que ponía el pie en el rellano. Carly Beth avanzó sin hacer ruido por el pasillo y se detuvo ante la puerta de Noah.

Con la cabeza pegada a la pared, se asomó por la puerta de la bien iluminada habitación.

Noah estaba ante el espejo, colocándose las dos largas antenas en la cabeza.

—¡Noah, vengo a por ti! —gritó Carly Beth.

Le salió una voz áspera y grave, que en nada se parecía a la suya.

—¡Ah! —Noah se volvió, sobresaltado.

—¡Ya te tengo, Noah! —gritó Carly Beth con voz profunda, ronca y perversa.

—¡No! —exclamó su hermano con un sordo grito de protesta.

Carly Beth advirtió cómo palidecía, incluso bajo el maquillaje de cucaracha, y penetró de un brinco en el cuarto con los brazos extendidos para agarrarlo.

—¡No, por favor! —suplicó él aterrorizado—. ¿Quién eres? ¿Cómo has entrado?

¡Ni siquiera me reconoce!, se dijo Carly Beth muy contenta. Y está muerto de miedo.

¿Era la cara horrible, la voz cavernosa, o las dos cosas a la vez?

A Carly Beth le daba lo mismo. ¡No cabía duda de que la

máscara era un éxito!

—¡Ya te tengo! —gritó, sorprendiéndose de lo aterradora que sonaba su voz desde el interior de la máscara.

—¡No, por favor! —rogó de nuevo Noah—. ¡Mamá! ¡Mamá! —Retrocedió hacia la cama, temblando de arriba abajo. Las antenas oscilaban de miedo—. ¡Mamá! ¡Socooooorro!

Carly Beth se echó a reír, pero la risa sonaba como un rugido grave.

—¡Soy yo, miedica! —gritó.

—¿Qué? —Noah la miraba fijamente, acurrucado todavía junto a la cama.

—¿Es que no has reconocido mis pantalones ni mi jersey? ¡Soy yo, idiota! —anunció Carly Beth con voz ronca.

—Pero esa cara... esa máscara... —tartamudeó Noah—. Me... me ha dado un susto de muerte. Oye... —Se la quedó mirando boquiabierto—. No parecía tu voz, Carly Beth. Pensaba...

Carly Beth tiró del borde inferior de la máscara para quitársela.

Estaba caliente y pegajosa, y ella jadeaba ruidosamente.

Tiró con las dos manos, pero la máscara no se movió.

Alzó los brazos hasta las orejas y tiró de ellas, cada vez con más violencia.

Intentó quitarse la máscara tirando de la parte superior de la cabeza pero no se movió.

—¡Eh, no puedo quitármela! —gritó—. ¡No puedo quitármela!



—Pero ¿qué pasa aquí? —gritó Carly Beth, tirando de la máscara con las dos manos.

—¡Para! —La voz de Noah sonaba a enfado, pero en sus ojos se reflejaba el miedo—. ¡Deja ya de hacer bromas, Carly Beth! ¡Me das miedo!

—No es ninguna broma —dijo Carly Beth con su voz áspera—. Es que... no puedo... quitarme es... to.

—¡Quítatelo de una vez! ¡No tiene gracia! —vociferó su hermano.

Carly Beth consiguió meter con gran esfuerzo los dedos bajo el cuello de la máscara. Luego la separó de su piel y se la quitó.

—¡Uf!

El aire de la habitación era fresco y agradable. Sacudió el cabello liberado y le lanzó alegremente la máscara a Noah.

—Es buena, ¿eh? —le dijo sonriendo.

Noah dejó que la máscara cayera en la cama. Luego la cogió indeciso y la examinó.

—¿De dónde la has sacado? —preguntó golpeando con un dedo los horribles colmillos.

—De la nueva tienda de artículos para fiestas —le contestó ella secándose el sudor de la frente—. ¡Uf, qué calor que da!

—¿Puedo probármela? —preguntó Noah, introduciendo los dedos por los agujeros de los ojos.

—Ahora no, que tengo prisa —respondió ella, y añadió riendo—: ¡Vaya cara de susto que has puesto!

Su hermano le devolvió la máscara arrojándosela por el aire, ceñudo.

—Estaba fingiendo. Ya sabía que eras tú.

—Por eso te has puesto a gritar como un poseso, ¿verdad?

—Yo no he gritado —protestó Noah—. Era parte de la función. Lo he hecho por ti.

—Claro, claro... —murmuró Carly Beth, y se dirigió a la puerta haciendo girar la máscara en la mano.

—¿Cómo has hecho para poner esa voz? —le preguntó Noah.

Carly Beth se detuvo en la puerta y se volvió hacia su hermano. Su sonrisa dio paso a una expresión de perplejidad.

—Esa voz tan ronca es lo que daba más miedo —prosiguió Noah, mirando fijamente la máscara que sostenía su hermana en la mano—. ¿Cómo lo has hecho?

—No lo sé —respondió Carly Beth pensativa—. De verdad que no lo sé.

Sonreía de nuevo mientras se dirigía a su habitación. La máscara funcionaba, había sido un gran éxito.

Noah no quería admitirlo, pero cuando Carly Beth entró súbitamente en el cuarto, rugiendo a través de la espantosa máscara, pegó un salto que a punto estuvo de dar con la cabeza en el techo.

¡Atención, Chuck y Steve, ahora os toca a vosotros!, se dijo ella alegremente.

Se sentó sobre la cama y echó un vistazo al radiodespertador de la mesilla. Disponía de unos minutos hasta la hora de encontrarse con todo el grupo delante de casa de Sabrina, tiempo suficiente para pensar en la mejor manera de darles el susto de su vida.

No quiero limitarme a aparecer de pronto ante ellos, pensó Carly Beth, pasando los dedos sobre los afilados dientes. Es demasiado aburrido. Quiero hacer algo que no se les olvide, algo que recuerden toda la vida.

Acarició las puntiagudas orejas de la máscara y entonces se le ocurrió una idea.

12

Carly Beth sacó el viejo palo de escoba del trastero y lo examinó atentamente.

Perfecto, pensó.

Comprobó que su madre seguía en la cocina. Estaba segura de que no le parecería bien lo que estaba a punto de hacer. La señora Caldwell aún creía que su hija iba a ir disfrazada de pato.

Entró de puntillas a la sala de estar, se dirigió a la repisa de la chimenea y cogió la cabeza de yeso que había moldeado su madre.

Es igualita a mí, reflexionó Carly Beth sosteniendo la obra de arte a la altura de la cintura y estudiándola atentamente. ¡Es tan natural! Mamá es una auténtica artista.

Colocó con mucho cuidado la cabeza en el extremo del palo de la escoba y la fue cambiando de posición hasta encontrar el punto de equilibrio. Seguidamente se la llevó ante el espejo del recibidor.

Parece que lleve mi propia cabeza en un palo, pensó, admirando el efecto. En su rostro se dibujó una amplia sonrisa y sus ojos centellearon de alegría.

¡Estupendo!

Apoyó la cabeza y el palo en la pared y se enfundó la máscara. De nuevo sintió el extraño olor acre y la invadió el calor de la máscara. Cuando se la hubo puesto, la máscara se pegó a su piel.

Alzó los ojos hacia el espejo y casi dio un respingo ante su propia imagen. Es como una cara de verdad, pensó, incapaz de apartar la mirada. No parece que mis ojos miren por los agujeros sino que formen parte de la máscara.

Abrió y cerró unas cuantas veces la horrible boca y comprobó que se movía como una boca auténtica.

No parece en absoluto una máscara. Parece más bien un rostro deformado, repugnante.

Aplanó con las dos manos la abultada frente y alisó por encima su cabello.

¡Estupendo!, se repitió, sintiéndose todavía más alegre. ¡Estupendo! La máscara es perfecta.

No comprendía por qué el hombre de la tienda no se la quería vender. Era la máscara más aterradora, más real y más horrible que había visto en su vida.

Esta noche será el terror del barrio, se dijo, mirándose satisfecha en el espejo. Los chicos soñarán conmigo durante semanas, sobre todo Chuck y Steve.

—Bueno, ya estoy lista —dijo en voz alta, alegrándose al comprobar que había recuperado la voz ronca.

Cogió el palo de escoba, colocó con cuidado la cabeza en equilibrio sobre él y se dirigió a la puerta, pero la voz de su madre la detuvo.

—¡Espera, Carly Beth! —le gritó la señora Caldwell desde la cocina—. Quiero ver cómo te está el disfraz de pato.

—¡Uy! —gruñó ella en voz alta—. A mamá no le va a gustar esto.

13

Carly Beth se quedó paralizada en la puerta, oyendo cómo se acercaban los pasos de su madre por el pasillo.

—¿A ver cómo te está, cariño? —iba diciendo la señora Caldwell—. ¿Te queda bien?

Quizá debería haberle avisado de mi cambio de planes, pensó Carly Beth, sintiéndose culpable. Yo se lo hubiera contado, pero no quería hacerle daño. Ahora se va a llevar un susto tremendo, y cuando vea que he cogido su escultura se pondrá furiosa y me obligará a dejarla otra vez donde estaba. Me lo va a estropear todo.

—Es que tengo prisa, mamá —dijo Carly Beth con voz grave y áspera desde dentro de la máscara al tiempo que abría la puerta de la casa—. Ya me verás luego.

—No te cuesta nada esperar un segundo para ver cómo te queda el disfraz que te he hecho —dijo su madre, que dio la vuelta a la esquina y entró en el campo de visión.

Estoy perdida, pensó Carly Beth malhumorada. Me ha pillado.

Pero entonces sonó el teléfono. El timbrazo retumbó ruidosamente en el interior de la máscara de Carly Beth. Su madre se detuvo y se volvió hacia la cocina.

—Seguramente es tu padre desde Chicago. Ya te veré luego, Carly Beth. Ten cuidado, ¿eh? —dijo su madre mientras se dirigía hacia la cocina.

Carly Beth exhaló un suspiro de alivio. Me ha salvado la llamada del teléfono, pensó.

Tras colocar la cabeza de yeso en el extremo del palo de la

escoba, cruzó rápidamente la puerta, la cerró de golpe y atravesó al trote el jardín.

Hacía una noche clara y fresca, y una pálida media luna se alzaba por encima de los árboles desnudos. Las grandes hojas marrones se arremolinaban en torno a sus tobillos mientras se dirigía hacia la acera.

Había quedado con Chuck y Steve frente a casa de Sabrina. ¡Qué ganas tenía de llegar!

La cabeza oscilaba y saltaba en el extremo del palo mientras corría. Los vecinos de la esquina habían decorado la casa para Halloween. Las bombillas anaranjadas se sucedían a lo largo del tejadillo del porche. Junto a la puerta había dos grandes calabazas huecas y sonrientes. Al final del sendero de entrada habían colocado un gran esqueleto de cartón.

¡Me encanta Halloween!, pensó de buen humor mientras cruzaba la calle hacia la manzana donde estaba la casa de Sabrina.

Otras noches de Halloween había sentido miedo. Sus amigos siempre le gastaban bromas pesadas. El año anterior, Steve le había metido una rata de goma que parecía de verdad en la bolsa de los caramelos sin que se diera cuenta. Cuando Carly Beth metió la mano en la bolsa, tocó algo suave y peludo. Al sacar la rata lanzó un chillido con toda la fuerza de sus pulmones. Se llevó tal susto que se le cayeron los caramelos por toda la acera. A Chuck y Steve les hizo muchísima gracia, y a Sabrina también. Siempre le echaban a perder la fiesta de Halloween. Les parecía divertidísimo asustar a Carly Beth y hacerla gritar.

Pues este año no seré yo la que grite, pensó. Este año seré yo la que los haga gritar a ellos.

La casa de Sabrina estaba al final de la manzana. Mientras Carly Beth apresuraba el paso, las ramas desnudas de los árboles se estremecían sobre su cabeza. La luna desapareció tras una gran nube, y la tierra se oscureció.

La cabeza de yeso dio un salto y estuvo a punto de caer del palo de escoba. Carly Beth aminoró la marcha. Levantó los ojos hacia la cabeza y sujetó mejor el palo.

Los ojos de la escultura miraban al frente, como atentos ante cualquier problema que pudiera surgir. En la oscuridad, la cabeza

resultaba real. Los ojos y la boca parecían moverse por efecto de las sombras que pasaban sobre ella mientras Carly Beth avanzaba bajo las ramas de los árboles.

Al oír unas risas, Carly Beth se volvió. Al otro lado de la calle, un grupo de niños invadía un porche bien iluminado. Bajo la luz amarillenta, Carly Beth alcanzó a ver un fantasma, una tortuga Ninja, un Freddy Kruegger y una princesa con un vestido rosa de gala y una corona de papel de plata. Los niños eran pequeños, y dos madres los vigilaban desde la acera.

Carly Beth observó cómo les daban caramelos, y luego prosiguió su camino hasta casa de Sabrina. Subió los escalones del porche y se detuvo en el triángulo de luz que proyectaba la lámpara. Oía voces en el interior de la casa: Sabrina le gritaba algo a su madre, y el televisor estaba encendido en la sala de estar.

Carly Beth se ajustó la máscara con la mano libre, enderezó la boca para asegurarse de que los colmillos se veían bien y luego comprobó que la cabeza de yeso estaba correctamente colocada sobre el palo.

Alargó el brazo para llamar al timbre de casa de Sabrina... pero se detuvo. Había oído voces a su espalda.

Se volvió y aguzó la vista tratando de distinguir algo en la oscuridad. Por la acera se acercaban dos chicos disfrazados que se iban dando empu-joncitos. ¡Chuck y Steve!

He llegado justo a tiempo, pensó Carly Beth la mar de contenta. Bajó del porche y se agazapó detrás de un arbusto bajo.

Bueno, chicos, preparaos para llevaros un buen susto, se dijo entusiasmada. El corazón le latía con fuerza.

14

Carly Beth se asomó por encima del arbusto. Los dos chicos habían recorrido la mitad del camino de entrada. Estaba demasiado oscuro para distinguir bien sus disfraces. Uno de ellos llevaba una gabardina larga y un sombrero de fieltro y ala ancha estilo Indiana Jones. Al otro no lo veía.

Carly Beth inspiró profundamente y se preparó para plantarse ante ellos de un salto. Agarró el palo de escoba con firmeza.

Se dio cuenta de que le temblaba todo el cuerpo y de que la máscara le daba muchísimo calor, como si la hubiera calentado con su nerviosismo. Su respiración resonaba en la nariz chata.

Los muchachos avanzaban despacio por el camino, estorbándose el paso mutuamente con los hombros, como dos delanteros de fútbol americano. Uno de ellos dijo algo que Carly Beth no alcanzó a oír. El otro soltó una sonora carcajada.

Carly Beth los observó en la oscuridad hasta que se situaron delante mismo del arbusto.

¡Ahora!, se dijo en silencio.

Levantó la cabeza de yeso con el palo de escoba y salió de un salto de su escondite. Los muchachos dieron un grito, sobresaltados. Al advertir la máscara, se quedaron con la boca abierta y los ojos desorbitados.

Un feroz aullido escapó de la garganta de Carly Beth, un aullido que incluso la asustó a ella misma.

Al oírlo, los dos chicos gritaron de nuevo. Uno de ellos incluso cayó de rodillas al suelo.

Ninguno de los dos podía apartar la vista de la cabeza que oscilaba sobre el palo y que parecía mirarles furibunda.

Otro aullido escapó de la garganta de Carly Beth. Empezó bajo, como si viniera de muy lejos, y luego atravesó el aire, áspero y grave, como el rugido de una bestia enfurecida.

—¡Nooo! —gritó uno de los chicos.

—¿Quién eres? —preguntó el otro—. ¡Déjanos en paz!

Carly Beth oyó unos pasos apresurados que aplastaban las hojas del camino. Alzó la vista y vio a una mujer enfundada en un grueso anorak que se acercaba corriendo.

—¡Eh! ¿Qué haces? —la increpó la mujer con voz aguda y airada—. ¿Por qué asustas a mis niños?

—¿Qué? —Carly Beth tragó saliva con dificultad y volvió a mirar a los dos asustados muchachos—. ¡Espere! —gritó, dándose cuenta de que no eran Chuck y Steve.

—¿Qué haces? —repitió la mujer, sin aliento. Se acercó a los dos niños y les puso las manos sobre los hombros—. ¿Estáis bien?

—Sí, estamos bien, mamá —dijo el que vestía gabardina y sombrero.

El otro niño llevaba la cara pintada de blanco y una narizota roja de payaso.

—Nos... nos ha saltado encima —le explicó éste a su madre, evitando la mirada de Carly Beth—, y nos ha dado un poco de miedo.

La mujer se volvió irritada hacia ella y levantó un dedo acusador.

—¿No tienes nada mejor que hacer que andar asustando a dos niños pequeños? ¿Por qué no te metes con los de tu edad?

Normalmente, Carly Beth se hubiera disculpado. Le hubiera explicado a la mujer que se había equivocado, que pretendía asustar a otros niños. Pero, oculta tras la espantosa máscara, oyendo todavía el extraño aullido que había salido tan inesperadamente de su garganta, no tenía ganas de disculparse.

Se sentía furiosa, y no sabía por qué.

—¡Fuera! —aulló, agitando el palo de escoba amenazadoramente. La cabeza, su cabeza, miraba fijamente a los dos chicos.

—¿Qué has dicho? —preguntó la madre con la voz tensa—. ¿Qué has dicho?

—¡He dicho que fuera! —gruñó Carly Beth con una voz tan grave y aterradora que se asustó a sí misma.

La mujer cruzó los brazos sobre el grueso anorak y clavó una mirada severa en Carly Beth.

—¿Quién eres? ¿Cómo te llamas? —exigió—. ¿Vives por aquí?

—Vámonos, mamá —dijo el chico de la cara de payaso, tirando de la manga de su madre.

—Sí, venga, vámonos —suplicó su hermano.

—¡Fuera! ¡Os lo advierto! —gritó Carly Beth.

La mujer, con los brazos firmemente cruzados y los ojos clavados en Carly Beth, no se movió de donde estaba.

—Que hoy sea Halloween no te da derecho a...

—Mamá, queremos ir a buscar más caramelos —pidió el payaso tirando con más fuerza de la manga—. ¡Venga!

—¡Estamos perdiendo toda la noche! —se quejó su hermano.

Carly Beth respiraba con dificultad; el aire salía de la máscara en forma de fuertes ronquidos.

Parezco un animal, pensó sorprendida. ¿Qué me está pasando?

Se sentía cada vez más furiosa. La respiración le retumbaba en la máscara demasiado ajustada y le ardía la cara.

La rabia le bullía en el pecho. Le temblaba todo el cuerpo. Tenía la sensación de estar a punto de estallar.

¡Voy a hacer pedazos a esta mujer!, decidió Carly Beth.

15

¡La voy a descuartizar! ¡Le arrancaré la piel!

Tensó los músculos, se agachó y se dispuso a saltar, pero antes de que le diera tiempo a lanzarse sobre la mujer, los dos chicos se llevaron a su madre.

—Vámonos, mamá.

—Venga, vámonos. ¡Está loca!

Sí, estoy loca. Loca, loca, loca. La palabra se repetía como un rugido en la mente de la muchacha. La máscara seguía apretándole y le daba calor.

La mujer le dirigió una última mirada de desdén antes de volverse y alejarse dando la mano a los dos niños.

Carly Beth se los quedó mirando fijamente, resollando ruidosamente. Sentía un fuerte impulso de seguirlos, de asustarlos de verdad, pero un fuerte grito le hizo volverse.

Sabrina estaba en el porche, apoyándose en la puerta y con la boca muy abierta por la sorpresa.

—¿Quién es? —gritó entrecerrando los ojos para tratar de ver en la oscuridad.

Iba vestida de mujer gato, con un traje gris y plateado y una careta también plateada. Llevaba el cabello negro recogido en la parte de atrás y miraba fijamente a Carly Beth.

—¿No me reconoces? —preguntó ésta con voz áspera a medida que se acercaba.

Advertía el miedo en los ojos de su amiga, que se aferraba con fuerza a la manilla de la puerta, con medio cuerpo dentro de la

casa.

—¿Es que no me reconoces, Sabrina? —Carly Beth agitó la cabeza que descansaba en el palo de escoba para darle una pista a su amiga.

Al darse cuenta de la cabeza, Sabrina se llevó la mano a la boca para ahogar un grito de terror.

—¡Carly Beth! ¿E... eres tú? —tartamudeó. Sus ojos se trasladaron veloces de la máscara a la cabeza y de nuevo a la máscara.

—Hola, Sabrina —gruñó Carly Beth—. Soy yo.

Sabrina no podía apartar los ojos de ella.

—¡Vaya máscara! —exclamó por fin—. ¡Es fantástica! De verdad. Te pone los pelos de punta.

—Muy bonito tu traje de mujer gato —le dijo Carly Beth, acercándose más a la luz.

Sabrina tenía los ojos puestos en lo alto del palo de escoba.

—Y esa cabeza... si parece auténtica. ¿De dónde la has sacado?

—Es mi cabeza de verdad —bromeó Carly Beth.

Sabrina continuó observándola.

—Cuando la he visto...

—La ha hecho mi madre —le explicó—, en la clase de arte.

—Me ha parecido que era de verdad —dijo Sabrina, estremeciéndose—. Y esos ojos, te miran de una manera...

Carly Beth movió el palo para que la cabeza hiciera un gesto de asentimiento.

—¡Y espera a que te vean Chuck y Steve! —dijo Sabrina mientras observaba la máscara.

Me muero de ganas, pensó Carly Beth sombríamente.

—¿Dónde están? —preguntó echando una mirada a la calle.

—Ha llamado Steve y ha dicho que llegarán tarde —explicó Sabrina—. Tiene que acompañar a su hermana pequeña a hacer el recorrido antes de venir.

Carly Beth suspiró decepcionada.

—Podemos empezar sin ellos —sugirió Sabrina—. Ya nos alcanzarán.

—Bueno —accedió Carly Beth.

—Me pongo la chaqueta y nos vamos —dijo Sabrina.

Echó una última mirada a la cabeza que descansaba en el palo antes de desaparecer en el interior de la casa.

El viento soplaba con fuerza mientras las dos amigas avanzaban por la acera. Las hojas muertas se arremolinaban en torno a sus tobillos. Los árboles se inclinaban y temblaban. La pálida luna asomaba intermitente entre las nubes por encima de los oscuros tejados. Sabrina le fue contando los problemas que había tenido con el disfraz. El primero que había comprado tenía una carrera en una pierna y tuvo que devolverlo. Luego le costó encontrar una careta de gato adecuada.

Carly Beth permanecía silenciosa. No podía ocultar la decepción que se había llevado al descubrir que Chuck y Steve no se iban a encontrar con ellas tal como habían planeado.

¿Y si no nos alcanzan nunca?, se preguntó. ¿Y si no los vemos?

Para Carly Beth, el único objetivo de la noche era encontrarse con los dos chicos y darles el susto más brutal que hubieran tenido en su vida.

Sabrina le había dado una bolsa para meter los caramelos. Mientras seguían andando, Carly Beth agarraba la bolsa con una mano, y con la otra se esforzaba por mantener la cabeza en equilibrio sobre el palo.

—¿Dónde has comprado la máscara? No la habrá hecho tu madre, ¿verdad? ¿Has ido a la tienda nueva? ¿Puedo tocarla?

Sabrina era muy parlanchina, pero aquella noche iba a conseguir el récord de charla ininterrumpida.

Carly Beth se detuvo complaciente para que su amiga pudiera tocar la máscara. Sabrina aplicó los dedos a la mejilla pero los retiró al instante.

—Si parece que esté tocando piel humana...

Carly Beth soltó una carcajada desdeñosa que no había oído hasta entonces.

—¡Ahhh! ¿De qué está hecha? —preguntó Sabrina—. No será piel, ¿verdad? ¿Es algún tipo de goma?

—Supongo que sí —dijo Carly Beth.

—Entonces, ¿por qué está tan caliente? —siguió preguntando Sabrina—. ¿Es incómoda? Debes de estar sudando la gota gorda.

Carly Beth se sintió invadida por una ola de rabia. Soltó la bolsa y el palo y gruñó:

—¡Cállate de una vez!

A continuación lanzó un salvaje alarido, agarró a Sabrina por el cuello con las dos manos y empezó a apretar.

16

Sabrina profirió un grito de sorpresa e intentó retroceder para deshacerse de las manos de Carly Beth.

—¡C... Carly Beth! —farfulló.

¿Qué me está pasando?, se preguntó Carly Beth, mirando horrorizada a su amiga. ¿Por qué he hecho esto?

—¡Te pillé desprevenida! —exclamó riendo—. Si hubieras visto la cara que has puesto, Sabrina... ¿Pensabas que te iba a estrangular de verdad?

Sabrina se frotó el cuello con una mano enguantada y dirigió a su amiga una mirada ceñuda.

—¿Era broma? Pues me has dado un susto de muerte.

Carly Beth se echó a reír.

—Represento mi papel, simplemente —dijo en tono alegre, señalando la máscara—. Ya sabes, hay que crear el ambiente adecuado. ¡Ja, ja! Me gusta asustar a la gente, ¿sabes? Normalmente soy yo la que me llevo unos sustos tremendos.

Recogió la bolsa y el palo y colocó la figura de yeso en el extremo. A continuación tomó por el camino más próximo hacia una casa bien iluminada, de una de cuyas ventanas colgaba una pancarta en la que se leía: «Feliz Halloween».

¿Cree que no ha sido más que una broma?, se preguntó Carly Beth mientras levantaba la bolsa y llamaba al timbre. ¿Qué demonios estaría haciendo yo? ¿Por qué me habré puesto tan furiosa de repente? ¿Por qué habré atacado a mi mejor amiga de esa manera?

Sabrina se situó a su lado mientras se abría la puerta. En el vano aparecieron dos niños rubios de corta edad, chico y chica. Su madre llegó tras ellos.

—¡Halloweeeen! —gritaron Carly Beth y Sabrina al unísono.

—¡Ay, qué máscara más espantosa! —dijo la madre a los dos niños, mirando a Carly Beth con una sonrisa.

—¿Y tú de qué vas disfrazada, de gato? —le preguntó el niño a Sabrina.

Sabrina se puso a maullar.

—Soy una mujer gato.

—La otra no me gusta —dijo la niña a su madre—. Me da mucho miedo.

—No es más que una máscara —dijo la madre para tranquilizar a su hijita.

—Es muy fea. ¡Me da mucho miedo! —insistió la niña.

Carly Beth se inclinó hacia delante y acercó el grotesco rostro a la niña.

—¡Te voy a comer! —exclamó amenazadora.

La niña empezó a chillar y desapareció en el interior de la casa. Su hermano miraba a Carly Beth con los ojos como platos. La madre les echó rápidamente unas chocolatinas en las bolsas.

—No deberías haberla asustado. Tiene pesadillas —dijo.

En lugar de disculparse, Carly Beth se dirigió al niño.

—¡A ti también te voy a comer!

—¡Oye! ¡Basta ya! —la riñó la madre.

Carly Beth se echó a reír con una risa gutural, saltó del porche y echó a correr por el jardín.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó Sabrina mientras cruzaban la calle—. ¿Por qué has asustado a esos niños de esa manera?

—La máscara me ha obligado a hacerlo —respondió Carly Beth. Lo dijo de broma, pero en realidad la idea la inquietaba.

En las casas siguientes, Carly Beth se mantuvo en segundo plano y dejó que Sabrina hablara por las dos. En una de ellas un hombre de mediana edad, que llevaba un viejo jersey azul fingió que la máscara de Carly Beth le daba miedo. Su esposa insistió en que las

muchachas entraran en la casa para que su anciana madre pudiera ver los fantásticos disfraces.

Carly Beth gruñó ruidosamente, pero siguió a Sabrina al interior. La anciana las contempló inexpresiva desde su silla de ruedas. Carly Beth soltó un aullido pero no causó impresión alguna en la mujer.

Camino de la puerta, el hombre del viejo jersey les dio una manzana verde a cada chica. Cuando hubieron llegado a la acera, Carly Beth se volvió, echó el brazo hacia atrás y lanzó con todas sus fuerzas la manzana contra la casa.

—¡No soporto que me den manzanas en Ha-lloveen! —anunció Carly Beth enojada—. ¡Sobre todo verdes!

—Carly Beth, no sé qué te pasa —dijo Sabrina mirando a su amiga con preocupación—. No pareces tú.

No, ya no soy una ratita asustada digna de compasión, pensó con amargura.

—Dámela —le ordenó a Sabrina, agarrando la manzana que llevaba en su bolsa.

—¡Oye, ya está bien! —protestó su amiga.

Pero Carly Beth echó el brazo hacia atrás y lanzó también la manzana de Sabrina, que produjo un ruido metálico al chocar contra el canalón de aluminio.

El hombre del jersey viejo asomó la cabeza por la puerta.

—¡Eh! ¿Qué pasa con vosotras?

—¡Corre! —gritó Carly Beth.

Las dos muchachas echaron a correr a toda velocidad calle abajo y no se detuvieron hasta perder de vista la casa. Sabrina sujetó entonces a su amiga por los hombros mientras intentaba recuperar el aliento.

—¡Estás loca! —jadeó—. ¡Estás completamente loca!

—¡El que lo dice lo es! —anunció Carly Beth en tono de broma.

Las dos amigas se echaron a reír.

Carly Beth escudriñó aquel trecho de calle en busca de Chuck y Steve. Vio en la esquina un grupo de niños disfrazados, pero ni rastro de los dos muchachos.

Unas casitas más pequeñas y más juntas se alineaban a los dos lados de aquel tramo de calle.

—¿Por qué no nos separamos? —propuso Carly Beth apoyándose

en el palo de escoba—. Así conseguiremos más dulces.

Sabrina dirigió a su amiga una mirada recelosa.

—Pero si no te gustan los dulces...

Carly Beth corría ya por el camino que conducía a la primera casa. La cabeza de yeso se agitaba en el palo.

Ésta es mi noche, pensó Carly Beth, mientras recibía una chocolatina de la mujer sonriente que abrió la puerta. Esta es mi noche.

Sintió un cosquilleo de emoción que no había experimentado jamás y una extraña sensación que no podía describir. Un apetito...

Unos minutos más tarde, con la bolsa casi llena, llegó al final de la manzana. Al alcanzar la esquina dudó entre cruzar al otro lado de la calle o continuar en la manzana siguiente.

Se dio cuenta de que estaba muy oscuro. La luna había vuelto a ocultarse detrás de unas grandes nubes. La farola de la esquina estaba apagada, con la bombilla posiblemente fundida.

Enfrente, cuatro chiquillos se acercaban riendo a una casa que tenía una calabaza iluminada en el porche.

Carly Beth se ocultó en la oscuridad. Oía voces, voces de niño. ¿Serían Chuck y Steve? No, eran unas voces desconocidas que discutían a qué puerta debían llamar a continuación. Uno de ellos quería volver a su casa para llamar a un amigo.

¿Y si os doy un susto, chicos?, pensó Carly Beth mientras una amplia sonrisa se dibujaba en su rostro. ¿Y si os doy una razón para que no se os olvide esta noche de Halloween?

Esperó, escuchando atentamente, hasta que estuvieron cerca. Ahora los veía. Eran dos momias, con las cabezas envueltas en vendas. Más cerca, más cerca. Esperó el momento oportuno. Entonces saltó de las sombras, profiriendo un gruñido salvaje que hendió el aire.

Los dos muchachos retrocedieron de un salto.

—¡Eh! —Uno de ellos intentó gritar, pero la voz se le quebró en la garganta.

Al otro se le cayó la bolsa de golosinas. Cuando se agachó a recogerla, Carly Beth se la arrancó de la mano con un movimiento rápido y echó a correr.

—¡Vuelve!

—¡Es mía!

—¡Eh!

Sus voces sonaban agudas y asustadas.

Mientras cruzaba la calle corriendo, Carly Beth se volvió para ver si la seguían. No. Estaban demasiado asustados. Se habían quedado muy jun-titos en la esquina, gritándole.

Con la bolsa de caramelos firmemente agarrada con la mano libre, Carly Beth echó la cabeza hacia atrás, riendo. Era una risa cruel, una risa triunfante, una risa que no había oído jamás. Vacío el contenido de la bolsa del chico en la suya y la lanzó al suelo. Estaba satisfecha, muy satisfecha. Y se sentía fuerte, lista para continuar la diversión.

Venga, Chuck y Steve, pensó. Ahora os toca a vosotros.

17

Carly Beth dio con Chuck y Steve unos minutos más tarde. Estaban en la acera de enfrente, aprovechando la luz de la entrada de una casa para examinar el contenido de las bolsas de golosinas.

Carly Beth se ocultó tras el grueso tronco de un viejo árbol próximo a la acera. El corazón comenzó a latirle con fuerza mientras los espiaba.

Ninguno de los dos chicos se había molestado en ponerse un auténtico disfraz. Chuck llevaba un pañuelo anudado a la cabeza y un antifaz. Steve se había pintado gruesas rayas negras en la frente y las mejillas, y se había puesto una gorra de tenis vieja y una gabardina medio rota.

¿Irás de vagabundo?, se preguntó Carly Beth.

Observó cómo revolvían en el interior de las bolsas y se dio cuenta de que llevaban bastante rato dando vueltas porque las tenían bastante llenas.

De repente Steve miró hacia donde se encontraba ella. Carly Beth retiró bruscamente la cabeza detrás del tronco. ¿La habría visto? No.

No lo echas a perder ahora, se dijo. Hace mucho que esperas este momento. Hace mucho que esperas el momento de hacerles pagar por todas las veces que te han asustado a ti.

Carly Beth vio que los dos chicos se encaminaban al porche de la casa siguiente. En su impaciencia por salir de detrás del árbol, a punto estuvo de tropezar con el palo de escoba. Cruzó la calle corriendo y se agazapó detrás de un seto bajo.

Saltaré sobre ellos cuando regresen por el camino. Caeré encima mismo y les daré un susto de muerte, pensó.

El seto despedía un dulce olor a pino. Todavía estaba húmedo por la lluvia de la mañana. El viento agitaba las hojas. ¿Qué era aquel extraño silbido? Carly Beth tardó unos largos instantes en darse cuenta de que se trataba de su propia respiración. De pronto empezaron a asaltarle las dudas.

Esto no va a funcionar, pensó, agazapándose más aún tras el tembloroso seto. Soy una perfecta idiota. Una máscara no va a asustar a Chuck y Steve.

Les saltaré encima y se reirán de mí, como siempre. Se echarán a reír y dirán: «Hola, Carly Beth. ¡Qué guapa estás!» Y luego le contarán a todo el colegio que yo creía que estaba horripilante, pero que ellos me reconocieron enseguida, que soy una tonta de remate. Y todo el mundo se reirá un buen rato a mis expensas. ¿Por qué se me habrá ocurrido que esto podía funcionar? ¿Por qué habré pensado que era tan buena idea?

Agazapada detrás del seto, Carly Beth percibió cómo iba creciendo su enfado contra sí misma y contra los chicos.

Estaba sofocada bajo la espantosa máscara. Su corazón palpitaba ruidosamente. Respiraba deprisa, y el aire silbaba dentro de la narizota.

Chuck y Steve se estaban acercando. Oía crujir la grava del camino de entrada bajo sus zapatillas deportivas. Carly Beth tensó los músculos de las piernas, inspiró profundamente y se preparó para saltar.

¡Allá voy!

18

Parecía que todo ocurría a cámara lenta. Los dos muchachos rebasaron despacio el seto. Hablaban animadamente entre ellos, pero a Carly Beth sus voces le sonaban graves y lejanas. Se levantó, salió de detrás del seto y lanzó un chillido con todas sus fuerzas.

Incluso bajo la tenue luz alcanzó a ver con claridad la reacción de sus amigos. Los muchachos pusieron los ojos en blanco, abrieron la boca y levantaron bruscamente las manos por encima de la cabeza. Steve dio un grito. Chuck agarró la manga de su amigo.

El chillido de Carly Beth resonó por todo el jardín, como suspendido en la oscuridad.

Todo se movía muy despacio, tan despacio que Carly Beth veía cómo le temblaban las cejas a Chuck, y se le agitaba barbilla. Vio el resplandor del miedo en los ojos de Steve, que pasaban de la máscara a la cabeza apoyada en el palo de escoba. Carly Beth la sacudió amenazadora. Steve lanzó un gemido de terror. Chuck la miró boquiabierto, con ojos aterrados.

—¡Carly Beth! ¿Eres tú? —consiguió decir por fin.

Carly Beth profirió un grito animal pero no contestó.

—¿Quién eres? —preguntó Steve con voz temblorosa.

—Me... me parece que es Carly Beth —le aclaró Chuck—. ¿Estás ahí dentro, Carly Beth?

Steve soltó una risa tensa.

—¡Vaya susto!

—Carly Beth, ¿eres tú? —inquirió Chuck de nuevo.

Carly Beth agitó el palo y señaló la cabeza.

—Es la cabeza de Carly Beth —les dijo con voz gutural.

—¿Qué? —Los dos muchachos levantaron los ojos, desconcertados.

—Es la cabeza de Carly Beth —repitió ella despacio, haciéndola oscilar hacia ellos. Daba la sensación de que los ojos pintados en la cara esculpida lanzaban destellos hacia los chicos—. La pobre Carly Beth no quería quedarse sin cabeza esta noche, pero de todos modos, se la he arrancado.

Los muchachos no podían apartar la vista de la cabeza. Steve soltó otra tensa risita y miró intensamente a Carly Beth con expresión confusa.

—Eres Carly Beth, ¿verdad? ¿Cómo consigues hacer esa voz tan rara?

—Ésta es vuestra amiga Carly Beth —gruñó ella, señalando la cabeza del palo—. Esto es todo lo que queda de ella.

Chuck tragó saliva con dificultad. Tenía los ojos pegados a la cabeza oscilante. Steve miraba fijamente la máscara de Carly Beth.

—Dadme los caramelos —les ordenó Carly Beth, sorprendida por el duro tono de su voz.

—¿Qué? —exclamó Steve.

—Que me los deis. Ahora mismo, o vuestras cabezas irán a parar al palo.

Los dos muchachos soltaron unas risitas agudas.

—¡No es broma! —rugió Carly Beth.

Las furiosas palabras interrumpieron de golpe sus risas.

—Déjanos ya, Carly Beth —dijo Chuck, con los ojos entrecerrados de miedo.

—Venga, mujer —dijo Steve en voz baja.

—Dadme las bolsas —insistió Carly Beth sin inmutarse—, o vuestras cabezas adornarán mi palo.

Inclinó la escoba amenazadoramente hacia ellos. Los tres miraron con atención el rostro de ojos oscuros, los tres observaron el rostro inmóvil, el rostro que tanto se parecía al de Carly Beth Caldwell.

Un vientecillo repentino remolineó en torno a ellos e hizo oscilar la cabeza en el extremo del palo.

Los tres vieron entonces cómo parpadeaba la cabeza de yeso.

Una vez. Dos veces. Los ojos castaños parpadeaban, y los labios se separaban con un ruido seco y áspero.

Carly Beth estaba paralizada por el horror y al igual que los chicos tenía los ojos clavados en la cara de yeso. Los tres vieron cómo se movían los labios y oyeron el crujido seco. Los tres vieron cómo se apretaban los labios oscuros y volvían a separarse. Los tres vieron cómo la oscilante cabeza formaba en silencio las palabras: «Ayudadme. Ayudadme».

19

Presas del pánico, Carly Beth soltó el palo de escoba, que se estrelló contra el suelo junto a Chuck. La cabeza rodó bajo el seto.

—¡Ha... ha hablado! —gritó Steve.

Chuck gimoteó casi en silencio.

Los dos muchachos soltaron las bolsas de golosinas y echaron a correr. Sus zapatillas deportivas resonaban con fuerza contra la acera. El viento formó un remolino en torno a Carly Beth, como para sostenerla donde estaba.

Sentía deseos de echar la cabeza atrás y lanzar un chillido. Sentía deseos de arrancarse el chaquetón y surcar la noche volando. Sentía deseos de subirse a un árbol, saltar a un tejado y aullar al cielo negro y sin estrellas.

Permaneció inmóvil, dejando que el viento soplara a su alrededor. Los muchachos habían desaparecido, habían huido aterrorizados.

¡Terror! Carly Beth lo había logrado, casi los había matado del susto. Jamás olvidaría las miradas horrorizadas de sus rostros, el miedo y la incredulidad que brillaban en sus ojos oscuros. Jamás olvidaría la sensación de triunfo, la emocionante dulzura de la venganza.

Por un momento fue consciente de que también ella había sentido miedo. Se había imaginado que la cabeza que sostenía con el palo había cobrado vida, parpadeaba y les hablaba en silencio.

Por un momento se le había contagiado el miedo. Había caído en el embrujo de su propia treta. Pero la cabeza no había cobrado

vida, naturalmente, se dijo para tranquilizarse. Los labios no se había movido, no habían suplicado en silencio «¡Ayudadme! ¡Ayudadme!». Tenían que ser las sombras, las sombras proyectadas por la luz de la luna, que aparecía por detrás de las cambiantes nubes negras.

¿Dónde estaba la cabeza? ¿Dónde estaba el palo que había dejado caer? Ahora ya no importaba, no le servían de nada. Carly Beth había alcanzado la victoria.

Echó a correr desenfrenadamente por los jardines, saltando setos y arbustos, volando sobre el suelo firme y oscuro. Corría como una posea dejando atrás las casas que se alzaban a ambos lados. Las violentas ráfagas de viento formaban remolinos y ella giraba también, brincando sobre las aceras, atravesando las matas, remontándose con el viento como una hoja desvalida.

Con la abultada bolsa de golosinas en la mano pasó ante sorprendidos grupos de niños, calabazas iluminadas y esqueletos tambaleantes.

Corría con todas sus fuerzas, casi sin aliento. Entonces se detuvo, resollando intensamente, y cerró los ojos a la espera de que su corazón dejara de golpearle el pecho, de que la sangre dejara de palpar en sus sienes. De pronto una mano a sus espaldas la agarró bruscamente por el hombro.

20

Carly Beth dio un chillido y se volvió, sobresaltada.

—¡Sabrina! —exclamó sin aliento.

Sabrina la soltó sonriendo.

—Llevo horas buscándote —la regañó—. ¿Dónde has estado?

—Su... supongo que me he perdido —respondió Carly Beth, esforzándose por recuperar la respiración.

—Estabas allí y de repente desapareciste —dijo Sabrina, retocando la posición de la careta sobre el cabello oscuro.

—¿Cómo te ha ido? —preguntó Carly Beth tratando de hablar con su voz normal.

—Se me ha roto el traje —se quejó Sabrina con expresión ceñuda, tirando de la tela de una pernera para enseñársela a su amiga—. Me he enganchado en un asqueroso buzón.

—¡Qué rabia! —se compadeció Carly Beth.

—¿Has asustado a alguien con esa máscara? —inquirió Sabrina sin dejar de tocarse el desgarrón de la pernera.

—Sí, a unos cuantos niños —respondió Carly Beth sin darle importancia.

—Es realmente horrible.

—Por eso la escogí.

Se echaron a reír.

—¿Has conseguido muchos caramelos? —preguntó Sabrina. Cogió la bolsa de su amiga y miró en el interior—. ¡Caramba! ¡Menudo botín!

—He llamado a muchas casas.

—Pues vamos a la mía a ver qué nos han dado —propuso Sabrina.

—Muy bien, de acuerdo. —Carly Beth siguió a su amiga al otro lado de la calle.

—A no ser que quieras llamar a unas cuantas casas más —sugirió Sabrina, deteniéndose en mitad de la calzada.

—No, ya tengo bastante.

Esta noche ya he hecho todo lo que quería hacer, pensó Carly Beth con una sonrisa en los labios. Se pusieron nuevamente en marcha. A pesar de que el viento soplabla en contra, Carly Beth no sentía frío. Pasaron corriendo a su lado dos niñas ataviadas con unos vestidos llenos de adornos, muy maquilladas y con unas graciosas pelucas rubias que parecían mochos. Una de ellas se detuvo al ver la máscara de Carly Beth, lanzó un grito sofocado y echó a correr detrás de su amiga.

—¿Has visto a Steve y Chuck? —preguntó Sabrina—. Yo los he buscado por todas partes. No he hecho otra cosa. Me he pasado la noche entera buscándoos a todos, a ti, a Steve y Chuck ¿Cómo es que no nos hemos encontrado?

Carly Beth se encogió de hombros.

—Yo los he visto hace poco rato. Allí atrás —dijo señalando con la cabeza—. Son unos gallinas.

—¿Steve y Chuck? —La expresión de Sabrina se tiñó de sorpresa.

—Sí, cuando han visto mi máscara han echado a correr —le explicó Carly Beth, riendo—. Gritaban como chiquillos.

Sabrina se echó también a reír.

—¡No me lo creo! —exclamó—. Siempre se están haciendo los duros y...

—Los he llamado, pero han seguido corriendo —dijo Carly Beth sonriente.

—¡Qué raro!

—Sí, es raro —coincidió Carly Beth.

—¿Sabían que eras tú? —preguntó Sabrina.

Su amiga se encogió de hombros.

—No lo sé. Me han mirado y han echado a correr como conejos.

—Pues me habían dicho que pensaban darte un susto —confesó

Sabrina—. Iban a acercarse por detrás sin que te dieras cuenta y hacer ruidos raros o algo así.

—Pues es difícil acercarse a alguien por detrás cuando estás huyendo, muerto de miedo —dijo Carly Beth con una risita.

La casa de Sabrina estaba ya a la vista, y Carly Beth se pasó la bolsa de golosinas a la otra mano.

—A mí me han dado algunas cosas muy buenas —declaró Sabrina, echando un vistazo a la bolsa y sin dejar de andar—. Tenía que recoger mucho porque he de repartirlo con mi prima, que está con la gripe y no ha podido salir.

—Pues yo no pienso repartir lo mío —dijo Carly Beth—. Noah ha salido con sus amigos. Seguramente llegará a casa con caramelos para todo un año.

—Este año la señora Connelly me ha vuelto a dar galletas y palomitas de maíz. Voy a tener que tirarlo todo —dijo Sabrina suspirando—. Mi madre no me deja comer nada que no vaya envuelto. Tiene miedo de que algún loco lo haya envenenado. El año pasado tuve que tirar muchas cosas buenas.

Sabrina llamó a la puerta de su casa. Unos segundos más tarde abrió su madre y entraron.

—Vaya máscara, Carly Beth —dijo, mirándola atentamente—. ¿Cómo os ha ido?

—Bien, me parece —respondió Sabrina.

—Bueno, acuérdate de...

—... de tirar todo lo que no vaya envuelto —la interrumpió Sabrina con impaciencia.

En cuanto la señora Masón hubo regresado al estudio, las dos muchachas pusieron las bolsas boca abajo y las vaciaron sobre la alfombra de la sala de estar.

—¡Eh, mira! ¡Una chocolatina Milky Way! —exclamó Sabrina, cogiéndola del montón—. ¡Mi preferida!

—Éstas no me gustan nada —declaró Carly Beth sosteniendo una enorme piruleta azul—. La última vez que intenté comerme una, se me quedó la lengua hecha polvo. —Y la echó al montón de su amiga.

—¡Muchísimas gracias! —dijo Sabrina con sarcasmo. Se quitó la careta y la lanzó al suelo. Estaba sofocada. Agitó la cabellera negra

y agregó—: Bueno, así estoy mucho mejor. ¿Tú no quieres quitarte la máscara? ¡Debes de estar muerta de calor ahí dentro!

—Sí, buena idea. —Carly Beth se había olvidado de que llevaba puesta la máscara.

Levantó las dos manos y tiró de las orejas.

—¡Ay! —La máscara no se movió. Tiró por la parte de arriba de la cabeza. Luego intentó ensancharla por las mejillas—. ¡Aaay!

—¿Qué pasa? —preguntó Sabrina, concentrada en clasificar las golosinas en montones.

Carly Beth no respondió. Intentó separar la máscara por la parte del cuello. Luego volvió a tirar de las orejas.

—¡Carly Beth! ¿Qué te pasa? —preguntó de nuevo Sabrina, levantando la vista de las golosinas.

—¡Ayúdame! —suplicó Carly Beth con voz chillona y asustada—. ¡Por favor, ayúdame! ¡La máscara! ¡No puedo quitármela!

21

Sabrina, arrodillada sobre la alfombra, levantó la vista de los montones de dulces.

—Carly Beth, deja de hacer tonterías.

—No estoy haciendo tonterías —replicó ella con firmeza, la voz cargada de pánico.

—¿Todavía no te has cansado de asustar a la gente esta noche? —dijo Sabrina. Cogió una bolsa de plástico transparente llena de confites y añadió—: No sé si mi madre me dejará quedarme con esto. Al fin y al cabo está envuelto.

—No lo hago para asustarte. ¡Va en serio! —gritó Carly Beth. Tiró de las orejas de la máscara pero sin resultado.

Sabrina echó a un lado la bolsa de confites y se puso de pie de un salto.

—¿De verdad que no puedes quitártela?

Carly Beth dio un estirón a la barbilla de la máscara.

—¡Aaay! —exclamó—. Me parece que la tengo pegada a la barbilla. Ayúdame.

—Vamos a quedar como unas tontas si tenemos que llamar a los bomberos para que te saquen la máscara —rió Sabrina.

A Carly Beth no le hizo ninguna gracia. Agarró la parte superior de la máscara con las dos manos y tiró con todas sus fuerzas, pero no consiguió moverla.

La sonrisa de Sabrina se borró de su rostro. Se acercó a su amiga.

—No estás haciendo teatro, ¿verdad?

Carly Beth negó con la cabeza.

—Venga —la instó con impaciencia—. Ayúdame a tirar.

Sabrina agarró la máscara por la parte de arriba.

—¡Qué caliente! —exclamó—. Debes de estar ahogándote ahí dentro.

—¡Tú, tira! —la apremió Carly Beth.

Sabrina tiró.

—¡Ay, no tan fuerte que me haces daño! —protestó Carly Beth.

Sabrina lo volvió a intentar con más suavidad, pero la máscara siguió sin moverse. Bajó las manos y tiró de las mejillas.

—¡Ay! La tengo pegada a la cara.

—¿De qué está hecha? —preguntó Sabrina, mirando atentamente la careta—. No parece de goma. Al tocarla da la sensación de que es piel.

—Me da lo mismo de qué esté hecha —gruñó Carly Beth—. Lo único que quiero es quitármela. Quizá deberíamos cortarla. Sí, con unas tijeras.

—¿Y estropearla? —preguntó Sabrina extrañada.

—¡Me da igual! —exclamó Carly Beth tirando con furia—. ¡Me da exactamente lo mismo! ¡Lo único que quiero es quitarme esto de encima porque me voy a poner histérica!

Sabrina le puso una mano tranquilizadora en el hombro.

—Bueno, vamos a probar otra vez. Si no podemos, la cortamos.

Entrecerró los ojos para observar atentamente la máscara.

—Habría que meter las manos por debajo y separarla —dijo pensando en voz alta—. Si consigo meter las manos por el cuello podré ensancharla y empujarla hacia arriba.

—Pues venga, date prisa —suplicó Carly Beth.

Pero Sabrina no se movió. Al mirar la máscara se quedó con la boca abierta y los ojos llenos de sorpresa.

—¿Qué pasa, Sabrina? —preguntó Carly Beth.

Sabrina no respondió; se limitó a pasar los dedos por la garganta de su amiga. Luego se situó detrás de ella y le pasó los dedos por la nuca.

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre? —preguntó Carly Beth con voz aguda.

Sabrina frunció el ceño y se alisó el pelo, con expresión

concentrada.

—Carly Beth —dijo por fin—, aquí pasa algo muy raro.

—¿A qué te refieres?

—No hay borde.

—¿Cómo? —Carly Beth se llevó las manos bruscamente al cuello y se lo palpó frenética—. ¿Qué quieres decir?

—Que no hay línea de separación —respondió Sabrina con voz temblorosa—. No puedo meter la mano por ningún sitio.

—¡Eso es absurdo! —gritó Carly Beth. Siguió palpándose el cuello, tirando de la piel hacia arriba, buscando el borde inferior de la máscara—. ¡Es absurdo! ¡No tiene sentido!

Sabrina se llevó las manos a la cara, con los rasgos desfigurados por el terror.

—¡Es absurdo! ¡Absurdo! —repetía Carly Beth con voz aterrada.

Pero al explorar desesperadamente su cuello con dedos temblorosos se dio cuenta de que su amiga tenía razón. La máscara ya no tenía borde inferior. No terminaba en ningún sitio. No existía espacio entre la máscara y la piel de Carly Beth. La máscara se había convertido en su rostro.

22

Las piernas le temblaban al dirigirse al espejo del recibidor. Carly Beth seguía palpando frenéticamente con las manos el contorno de su cuello mientras se acercaba al gran espejo rectangular que ocupaba una de las paredes.

—¡No hay borde! ¡La máscara no tiene borde! —dijo con el rostro pegado al espejo.

Sabrina se encontraba a poca distancia, con expresión preocupada.

—No... no lo entiendo —dijo entre dientes, contemplando la imagen de su amiga en el espejo.

—¡Esos ojos no son míos! —exclamó aterrorizada Carly Beth.

—¿Qué? —Sabrina se situó a su lado, sin apartar la vista del espejo.

—¡Ésos no son mis ojos! Mis ojos no son así.

—Cálmate —le aconsejó su amiga con suavidad—. Tus ojos...

—¡No son mis ojos! ¡No son mis ojos! —siguió gritando Carly Beth, sin hacer caso de la recomendación de su amiga—. ¿Dónde están mis ojos? ¿Dónde estoy yo, Sabrina? Ésta no soy yo.

—¡Carly Beth, cálmate, por favor! —Sabrina intentó tranquilizarla, pero le salió una voz asustada.

—¡No soy yo! —dijo de nuevo Carly Beth abriendo la boca horrorizada ante su imagen y oprimiendo con las manos las mejillas grotescamente arrugadas de la máscara—. ¡No soy yo!

Sabrina alargó el brazo hacia su amiga, pero ésta se apartó. Lanzó un grito de horror y desesperación y echó a correr por el

pasillo. Tras forcejear con la cerradura, logró abrir la puerta, sollozando ruidosamente.

—¡Carly Beth! ¡Ven! ¡Vuelve!

Carly Beth se lanzó a la oscuridad, desoyendo las súplicas de su amiga, y la puerta se cerró a sus espaldas con un golpe.

Al echar a correr, oyó los gritos frenéticos de Sabrina desde la puerta:

—¡Carly Beth! ¡La chaqueta! ¡Te has dejado la chaqueta! ¡Vuelve!

Las zapatillas deportivas de Carly Beth resonaban contra el duro pavimento. Penetró en la zona oscura de debajo de los árboles, como si quisiera ocultarse, como si quisiera evitar que alguien viera su espantoso rostro. Alcanzó la acera, giró a la derecha y continuó corriendo.

No tenía idea de adonde se dirigía. Sólo sabía que tenía que huir de Sabrina, alejarse del espejo.

Quería huir de sí misma, de su rostro, del horrible rostro que la miraba desde el espejo con aquellos ojos espantosos y desconocidos. Los ojos de otro, tenía los ojos de otro en la cabeza. Sólo que ya no era su cabeza. Era la cabeza de un horroroso monstruo verde que se había pegado a la suya.

Carly Beth lanzó otro grito de pánico, cruzó la calle y siguió corriendo. Los oscuros árboles oscilaban y se estremecían bajo el cielo negro sin estrellas. Iba dejando casas atrás, una mancha de luz anaranjada que salía de las ventanas.

Corría en la oscuridad, respirando ruidosamente por la narizota chata. Bajó la cabeza verde para protegerse del viento y continuó la carrera sin apartar los ojos del suelo, aunque mirara donde mirara no veía sino la máscara. Veía la cara que la miraba a ella, la horrenda piel rugosa, los fosforescentes ojos naranja, las hileras de colmillos de animal.

Mi cara... Mi cara...

Los gritos la distrajeron de sus pensamientos.

Alzó la vista y se dio cuenta de que se había topado con un grupo de seis o siete niños que iban llamando a las casas. Todos la miraban, gritando y señalándola. Abrió la boca para dejar al descubierto los afilados dientes y les dirigió un aullido, un aullido

salvaje que los hizo callar de golpe. Todos la miraban atentamente, intentando saber si se trataba de una auténtica amenaza o era sólo una broma.

—¿Quién eres? —le preguntó una niña que vestía un traje de payaso rojo y blanco lleno de volantes.

Supongo que soy yo, pero no lo soy, pensó Carly Beth con amargura.

Bajó la cabeza, como si no hubiera oído la pregunta, les dio la espalda y echó a correr de nuevo, aunque alcanzaba a oír cómo se reían. Sabía que se reían de alivio, que se alegraban de que se alejara de ellos.

Con un afligido sollozo, dobló la esquina y continuó corriendo.

¿Adonde voy? ¿Qué hago? ¿Voy a seguir corriendo eternamente?

Pero de pronto se detuvo en seco al ver la tienda de artículos para fiestas.

Claro, se dijo. La tienda. El extraño hombre de la capa. Él me ayudará. Él sabrá qué hay que hacer. El hombre de la capa sabrá cómo tengo que quitarme esto.

Carly Beth se encaminó al establecimiento, esperanzada, pero se le fue ensombreciendo la esperanza hasta volverse tan oscura como el escaparate de la tienda. A través del espejo advirtió que todas las luces estaban apagadas. La tienda se hallaba tan oscura como la noche. Habían cerrado.

23

Una oleada de desesperación se apoderó de Carly Beth mientras contemplaba la tienda sin luz.

Apoyó las manos en el escaparate y oprimió la cabeza contra el cristal. Estaba frío en comparación con su ardiente frente, la ardiente frente de la máscara.

Cerró los ojos.

¿Qué hago ahora? ¿Qué voy a hacer?

—No es más que una pesadilla —dijo en voz baja—. Sí, una pesadilla. Ahora abriré los ojos y despertaré.

Al abrirlos vio unos ojos de un naranja fosforescente reflejados en el oscuro cristal del escaparate que la contemplaban sombríamente.

—¡Nooo! —Sacudió todo su cuerpo, presa de un incontenible estremecimiento, y golpeó el cristal con los puños.

¿Por qué no me habré puesto el disfraz de pato que me ha hecho mi madre?, se preguntó consternada. ¿Por qué estaba tan empeñada en convertirme en el ser más horripilante que jamás hubiera merodeado por las calles en Halloween? ¿Por qué estaba tan empeñada en atemorizar a Chuck y Steve? Ahora voy a asustar a la gente durante el resto de mi vida.

Mientras estos amargos pensamientos ocupaban su mente, Carly Beth advirtió de pronto un movimiento en el interior de la tienda. Vio una sombra oscura que avanzaba por el suelo y oyó unos pasos.

La puerta crujió ruidosamente y se abrió unos centímetros. El dueño de la tienda asomó la cabeza y entrecerró los ojos para mirar

a Carly Beth.

—Me he quedado porque imaginaba que regresarías —dijo tranquilamente.

A Carly Beth le sorprendió su flema.

—No... no puedo quitármela —farfulló, y tiró de la parte de arriba de la cabeza para demostrárselo.

—Ya lo sé —dijo el hombre sin que su expresión cambiara lo más mínimo—. Entra.

Terminó de abrir la puerta y se hizo a un lado.

Tras una breve vacilación, Carly Beth penetró en la oscura tienda, donde hacía mucho calor.

El hombre encendió una lámpara tan sólo sobre el mostrador de la entrada. Carly Beth observó que ya no llevaba puesta la capa y que vestía unos pantalones negros y una camisa blanca de gala.

—¿Sabía que iba a regresar? —preguntó Carly Beth irritada. La voz áspera que le salía desde el interior de la máscara reflejaba cólera y confusión a la vez—. ¿Cómo lo sabía?

—No te la quería vender —respondió el hombre, mirando atentamente la máscara y negando con la cabeza—: Te acuerdas, ¿no? ¿Te acuerdas de que no te la quería vender?

—Me acuerdo —repuso Carly Beth impaciente—. Pero ayúdeme a quitármela. Ayúdeme. —El hombre se la quedó mirando sin contestar—. Ayúdeme a quitármela —insistió Carly Beth subiendo la voz—. ¡Quiero quitármela!

El hombre suspiró.

—No puedo —dijo por fin con tristeza—. No puedo quitártela. Lo siento.

24

—¿Qué... qué quiere decir? —tartamudeó Carly Beth.

En lugar de responder, el hombre se volvió hacia la parte trasera del establecimiento y le indicó con un gesto que lo siguiera.

—¡Contésteme! —chilló Carly Beth—. ¡No se vaya! ¡Contésteme! ¿Cómo que no puede quitarme la máscara?

Lo siguió hasta la trastienda, con el corazón golpeándole en el pecho.

El hombre encendió la luz. Carly Beth parpadeó ante la repentina iluminación y vio de nuevo las dos largas hileras de máscaras pavorosas. Advirtió también el hueco que había dejado la suya. Tuvo la impresión de que todas aquellas grotescas máscaras la estaban mirando fijamente e hizo un esfuerzo para dirigir la vista hacia otro lado.

—¡Quítame esta máscara ahora mismo! —exigió, interponiéndose en el camino del hombre.

—No puedo —repitió él con voz queda y triste.

—¿Por qué no?

—Porque no es una máscara —respondió el hombre, bajando todavía más la voz.

Carly Beth abrió la boca de la impresión, aunque sin proferir sonido alguno.

—No es una máscara, es una cara auténtica —le explicó el hombre.

Carly Beth se sintió súbitamente mareada. El suelo se inclinaba. Los horrendos rostros la miraban furibundos. Parecía que todos

aquellos ojos saltones, inyectados en sangre, amarillos y verdes estaban clavados en ella. Apoyó la espalda en la pared e intentó recuperarse.

El hombre se aproximó a la estantería y señaló con un ademán las hileras de cabezas espantosas.

—Las Desdichadas —dijo en tono apesadumbrado, con la voz transformada en un susurro.

—No... no lo entiendo —consiguió decir Carly Beth.

—No son máscaras. Son caras —explicó él—. Caras de verdad. Las he hecho yo. He creado caras de verdad en mi laboratorio.

—Pe... pero, ¿por qué son tan feas? —inquirió Carly Beth—. ¿Por qué...?

—Al principio no eran feas —la interrumpió él con amargura en la voz y cólera en la mirada—. Eran hermosas y estaban vivas. Pero pasó algo. Cambiaron al sacarlas del laboratorio. Mis experimentos..., mis pobres cabezas, fueron un fracaso. Pero tenía que mantenerlas vivas, tenía que hacerlo.

—¡No... no me lo creo! —exclamó Carly Beth sin aliento, llevándose las manos a su rostro verde y deformado—. ¡No me creo ni una palabra!

—Te estoy diciendo la verdad —prosiguió el hombre, pasándose un dedo por el borde del bigo-tillo, con los ojos clavados en los de Carly Beth—. Las guardo aquí y las llamo las Desdichadas porque nadie querrá verlas jamás. De vez en cuando alguien entra en la trastienda, tú, por ejemplo, y una de mis caras encuentra un nuevo hogar...

—¡Nooo! —Carly Beth profirió un grito de protesta, más alarido salvaje que grito humano.

Miró fijamente los rostros deformes, llenos de protuberancias. Las cabezas abultadas, las heridas abiertas, los colmillos animales. ¡Monstruos! ¡Todos monstruos!

—¡Quíteme esto! —gritó, fuera de sí—. ¡Quítemelo! ¡Quítemelo! Intentó clavarse las uñas en la cara para arrancársela a tiras.

—¡Quítemelo! ¡Quítemelo!

El hombre levantó una mano para tranquilizarla.

—Lo siento. Ahora esta cara es la tuya —dijo inexpresivo.

—¡No! ¡Quítemela! ¡Quítemela! ¡Ahora mismo!

Se agarró la cara y tiró de ella, presa de cólera y pánico, pero sabía que sus acciones eran inútiles.

—Existe sin embargo una manera de quitártela —le dijo entonces el tendero con voz suave.

—¿Qué? —Carly Beth bajó los brazos y lo miró fijamente—. ¿Qué ha dicho?

—He dicho que hay una manera de quitarte esa cara.

—¿Ah sí? —Carly Beth sintió que un intenso escalofrío le recorría la espalda, un escalofrío de esperanza—. ¿Sí? ¿Cómo? Dígamelo —le rogó—. Dígamelo, por favor.

—Yo no puedo quitártela —repuso el hombre, frunciendo el entrecejo—, pero puedo decirte cómo hay que hacerlo. No obstante, si alguna vez se vuelve a pegar a ti o a otra persona, entonces será ya para siempre.

—¿Cómo puedo quitármela? ¡Dígamelo! ¡Dígamelo! —le suplicó Carly Beth—. ¿Cómo puedo quitármela?

25

La luz parpadeó sobre ellos. Las cabezas deformes continuaban mirando fijamente a Carly Beth.

Monstruos, pensó. Estoy en una habitación llena de monstruos que esperan a convertirse en seres vivos. Y ahora yo soy uno de ellos. Yo también soy un monstruo.

Las tablas del suelo crujieron cuando el hombre se alejó de los estantes para acercarse a Carly Beth.

—¿Qué tengo que hacer para quitarme esto? —le preguntó con voz suplicante—. ¡Dígamelo! ¿A qué espera?

—Sólo es posible quitarla una vez —explicó él sin inmutarse—. Y sólo puede hacerlo un símbolo de amor.

Carly Beth se lo quedó mirando, a la espera de que continuara.

El silencio llenó la habitación. Un silencio denso.

—No... no lo entiendo —dijo por fin, tartamudeando—. Tiene que ayudarme. No entiendo lo que me dice. ¡Dígame algo que tenga sentido! ¡Ayúdeme!

—No puedo decirte más —repuso el hombre bajando la cabeza, cerrando los ojos y frotándose fatigosamente los párpados con los dedos.

—Pero, ¿qué quiere decir un símbolo de amor? —inquirió Carly Beth. Le agarró de la pechera de la camisa e insistió, descontrolada —: ¿Qué quiere decir? ¿Qué quiere decir?

El hombre ni siquiera intentó desasirse.

—No puedo decir más —repitió en un susurro.

—¡No! —gritó ella—. ¡No! ¡Tiene que ayudarme! ¡Tiene que

ayudarme!

Carly Beth sintió entonces una explosión de rabia que la puso fuera de sí.

—¡Quiero mi cara! —chilló con todas sus fuerzas, golpeándole el pecho con los puños—. ¡Quiero que me devuelva mi cara! ¡Quiero ser yo otra vez!

El hombre retrocedió, haciendo un gesto con las manos para que se tranquilizara, y de repente abrió unos ojos atemorizados.

Carly Beth siguió su mirada hasta los estantes y lanzó un grito de terror al ver que los rostros se movían. Los ojos saltones parpadeaban. Las lenguas hinchadas lamían los labios resecos. Las heridas oscuras empezaban a palpar. Las cabezas oscilaban, giraban, respiraban.

—¿Qué... qué está pasando? —preguntó Carly Beth con voz de espanto.

—¡Los has despertado a todos! —exclamó el hombre con una expresión de miedo tan intenso como el de ella.

—Pero... pero...

—¡Corre! —le gritó, empujándola con fuerza hacia la puerta—. ¡Corre!

26

Carly Beth se volvió a mirar de nuevo las cabezas que se inclinaban en los estantes.

Los labios gruesos y oscuros se movían produciendo sonidos de succión. Los colmillos torcidos castañeteaban. Las espantosas narices inhumanas se retorcían y aspiraban el aire ruidosamente. Las cabezas, dos largas hileras de cabezas, palpitaban al cobrar vida.

Y los ojos, los ojos saltones surcados de venas, los ojos verdes, los ojos amarillos y viscosos, los ojos de un escarlata chillón, los repugnantes globos oculares colgados de un hilo... todos estaban clavados en ella.

—¡Corre! ¡Las has despertado! —gritó el hombre con voz entrecortada por el miedo—. ¡Corre! ¡Huye de aquí!

Carly Beth quería correr pero sus piernas no la obedecían. Sentía las rodillas inseguras y débiles.

De repente tenía la sensación de que pesaba quinientos kilos.

—¡Corre! ¡Corre! —gritaba frenéticamente el hombre.

Pero ella no podía apartar los ojos de las cabezas que latían y se retorcían. Estaba paralizada de terror. Mientras observaba muerta de miedo cómo las cabezas se elevaban de los estantes y quedaban flotando en el aire, sentía que las piernas se le convertían en gelatina y que el aliento se le quedaba atascado en la garganta.

—¡Corre! ¡Corre!

Parecía que la voz del hombre estaba lejos, muy lejos.

Las cabezas empezaron a parlotear con voces graves que

retumbaban en la trastienda y ahogaban los gritos frenéticos del hombre. Emitiendo únicamente ruidos, no palabras, como un coro de sapos, y seguían flotando en el aire.

Carly Beth las contemplaba en silencio, horrorizada.

—¡Corre! ¡Corre!

Sí.

Se volvió, obligó a sus piernas a moverse y echó a correr con un estallido de energía.

Atravesó la tienda, apenas iluminada, y abrió la puerta de un tirón.

Un instante después se encontraba en la acera, surcando la oscuridad a la carrera. Sus zapatillas sonaban contra la calzada. Sintió una ráfaga de aire frío en el rostro encendido, el rostro encendido y verde, el rostro de un monstruo, el rostro de monstruo que no se podía quitar.

Cruzó la calle y siguió corriendo. ¿Qué era aquel ruido, aquel gorgoteo sordo, aquel murmullo que parecía seguirla? ¿Seguirla?

—¡Oh, no! —gritó Carly Beth al mirar atrás y ver las horripilantes cabezas que volaban tras ella.

Una repulsiva procesión. Volaban en fila india formando una larga cadena de cabezas que latían y parloteaban. Los ojos relumbraban intensamente, como los focos de un coche, y todos estaban clavados en ella.

Tropezó en el bordillo, muerta de miedo, y extendió los brazos para recuperar el equilibrio. Las piernas pugnaban por rendirse, pero ella las obligó a seguir moviéndose.

Corría inclinada contra el viento, ante casas oscuras y solares vacíos.

Debe de ser tarde, reflexionó. Debe de ser muy tarde.

Demasiado tarde.

Este pensamiento le martilleaba en la cabeza.

Las espantosas cabezas fulgurantes continuaban siguiéndola, acercándose. Los sordos murmullos se fueron intensificando en sus oídos hasta que la invadió la sensación de que estaba rodeada por un ruido aterrador.

El viento rugía con fuertes rachas, como si tratara deliberadamente de detenerla.

Las cabezas parloteantes se iban acercando.

Estoy corriendo por una pesadilla negra, pensó. Quizá tenga que seguir corriendo eternamente. Es demasiado tarde. Demasiado tarde para mí. ¿O tal vez no?

Una idea cobró forma en medio del pánico de la pesadilla, y mientras seguía corriendo y agitando los brazos al aire como si tratara de aferrarse a algo seguro, su mente buscaba desesperadamente una solución, un modo de escapar.

«Un símbolo de amor».

Oyó las palabras del hombre de la tienda por encima del ruido sordo de las espeluznantes voces que la perseguían.

«Un símbolo de amor».

Eso es lo que le hacía falta para liberarse de la cabeza de monstruo en que se había convertido su cabeza.

¿Detendría también eso a las cabezas que la perseguían sin dejar de latir y parlotear? ¿Haría regresar a las Desdichadas al lugar del que venían?

Resollando con fuerza en busca de aire, Carly Beth dobló la esquina y continuó corriendo. Al mirar atrás, vio que sus perseguidores la doblaban también.

¿Dónde estoy?, se preguntó, mirando las casas que dejaba atrás.

El miedo que había sentido hasta entonces era demasiado intenso para que le importara hacia dónde corría, pero ahora tenía una idea, una idea desesperada, y tenía que llegar antes de que la pavorosa comitiva de cabezas la alcanzara.

Poseía un símbolo de amor, su cabeza, la cabeza de yeso blanco que le había moldeado su madre. Carly Beth recordaba que le había preguntado a su madre por qué la había hecho, y su madre había contestado que porque la quería. A lo mejor podía salvarla. A lo mejor podía ayudarla a escapar de aquella pesadilla.

Pero, ¿dónde estaba?

Había dejado que rodara bajo un seto, la había dejado en el jardín de alguna casa y... y ahora se encontraba de nuevo en la misma manzana. Reconocía la calle, reconocía las casas. Allí era donde había encontrado a Chuck y Steve, allí era donde los había hecho huir despavoridos. Pero, ¿dónde estaba la casa? ¿Dónde estaba el seto? Sus ojos saltaban frenéticamente de un jardín a otro.

Advirtió que las cabezas se habían arremolinado a sus espaldas, como abejas zumbonas, y que proferían risitas, unas risitas atroces mientras se preparaban para saltar sobre ella.

¡Tengo que encontrar la cabeza!, se dijo luchando por respirar, luchando por conseguir que sus pesadas piernas siguieran moviéndose. Tengo que encontrar mi cabeza.

El parloteo sordo de los monstruos se volvió más fuerte. Las cabezas se agruparon más.

—¿Dónde? ¿Dónde? —gritó ruidosamente.

Y en ese momento vio el alto seto al otro lado de la calle. Estaba en el jardín que tenía enfrente. La cabeza, la hermosa cabeza de yeso que había dejado caer detrás de aquel seto. ¿Podría llegar a ella antes de que la rodearan las espantosas cabezas de monstruo?

¡Sí!

Inspiró con todas sus fuerzas, los brazos extendidos ante sí en un gesto desesperado, y cruzó la calle corriendo.

Se lanzó al suelo detrás del arbusto y aterrizó de cuatro patas, respirando agitadamente, con un ruido áspero. Sentía un martilleo en las sienes.

Buscó la cabeza con las manos. Había desaparecido.

27

Desaparecido. La cabeza había desaparecido.

Mi última oportunidad, pensó Carly Beth buscando a ciegas, palpando frenéticamente debajo del seto.

No estaba.

Es demasiado tarde para mí.

Todavía arrodillada en el suelo, se volvió de cara a sus espeluznantes perseguidores. Las cabezas, farfullando sus inconexos sonidos, se alzaban ante ella formando un muro.

Carly Beth se puso en pie. El palpitante muro de cabezas de monstruo se aproximó todavía más. Carly Beth se volvió en busca de una vía de escape. Y la vio. Vio su cabeza. Vio la cabeza de yeso blanco. Su cabeza la miraba entre dos raíces que sobresalían del suelo junto al grueso árbol próximo al camino.

El viento ha debido de empujarla hasta allí, se dijo.

Se lanzó hacia el árbol, mientras los monstruos seguían aproximándose a ella, y agarró su cabeza con las dos manos.

Con un grito de triunfo, volvió la cara esculpida hacia las cabezas parloteantes y la levantó cuanto pudo.

—¡Marchaos! ¡Marchaos! —gritó Carly Beth, sosteniendo la cabeza en alto para que todos los monstruos pudieran verla—. ¡Esto es un símbolo de amor! ¡Esto es un símbolo de amor! ¡Marchaos!

Los monstruos se agitaron al unísono, con los ojos fosforescentes clavados en la cabeza esculpida, murmurando de excitación, con sonrisas babeantes en sus labios deformes.

—¡Marchaos! ¡Marchaos!

Carly Beth los oyó reír, con una risa grave y desdeñosa.

Al instante, con un rápido movimiento, la rodearon, ansiosos por engullirla.

28

«Demasiado tarde para mí».

Las palabras se repetían una y otra vez en la mente de Carly Beth. Su idea no había servido para nada. Las cabezas se arremolinaban a su alrededor, babeaban encima de ella, con los ojos saltando de triunfal alegría.

Los murmullos sordos se convirtieron en un rugido. Sintió que la impregnaba su calor hediondo.

Bajó sin pensarlo la cabeza de yeso y la apoyó firmemente sobre la espantosa cabeza de monstruo que era ahora la suya. Para su sorpresa, se deslizó sobre ella como una suave máscara.

Llevo puesta mi propia cara como una máscara, pensó con amargura.

Al tirar de ella hacia abajo, se hizo la oscuridad. No había agujeros para los ojos. No veía nada. No oía nada.

¿Qué me van a hacer las horripilantes cabezas?, se preguntó a solas con su miedo.

¿Me voy a convertir en una de las Desdichadas? ¿Voy a terminar en un estante junto a las demás?

Rodeada de la tensa y silenciosa oscuridad, Carly Beth esperó llena de angustia. Notaba la sangre palpitando en sus sienes, la agitación de su pecho, el dolor de la garganta reseca. ¿Qué van a hacer? ¿Qué están haciendo?

No soportaba estar sola, encerrada en su terror, rodeada de silencio y oscuridad. Se quitó la cabeza de yeso con un fuerte tirón. Las cabezas monstruosas habían desaparecido, se habían esfumado.

Carly Beth se quedó pasmada, presa de la incredulidad. Unos instantes después sus ojos recorrieron todos los rincones del desierto jardín. Buscó por los árboles y arbustos, escudriñó los espacios oscuros que quedaban entre las casas. No estaban. Habían desaparecido.

Durante unos instantes interminables permaneció sentada en la fría y húmeda hierba, sosteniendo la cabeza de yeso en el regazo y respirando dificultosamente, con la vista fija en los jardines vacíos y silenciosos.

Pronto volvió a respirar con normalidad y se puso en pie.

El viento había amainado, y la pálida luna asomó por detrás de las oscuras nubes que la ocultaban.

Carly Beth notó que algo le rozaba la garganta. Se llevó la mano al cuello, sobresaltada, y notó el borde de la máscara. ¿El borde de la máscara? ¡Sí! Había un hueco entre la máscara y su cuello.

—¡Eh! —gritó en voz alta.

Depositó la cabeza de yeso suavemente a sus pies, llevó las dos manos al borde inferior de la máscara y tiró hacia arriba. La máscara salió fácilmente. Llena de asombro, bajó los brazos y la sostuvo ante sus ojos, plegándola y desplegándola.

Los ojos naranjas que antes fulguraban como el fuego se habían apagado. Los afilados colmillos de fiera se habían vuelto blandos y romos.

—¡No eres más que una máscara! —gritó—. ¡Vuelves a ser una simple máscara!

La lanzó al aire, riendo alegremente, y la volvió a atrapar.

«Sólo es posible quitarla una vez —le había dicho el hombre de la tienda—. Sólo una vez, y tiene que hacerlo un símbolo de amor».

Bueno, lo he conseguido, dijo Carly Beth contentísima. Me la he quitado. Y no se preocupe, que no pienso volver a ponérmela. ¡Nunca!

De repente se sintió agotada.

Tengo que volver a casa, pensó. Deben de ser cerca de las doce.

La mayor parte de las edificaciones estaban a oscuras. Por la calle no pasaba ningún coche. Todos los niños habían vuelto a sus casas.

Carly Beth se agachó a recoger la escultura de yeso y, con la

máscara y la escultura en una mano, echó a andar a paso ligero hacia su casa. Cuando hubo recorrido la mitad del camino de acceso se detuvo. Levantó una mano y se palpó el rostro.

¿Vuelvo a tener mi cara de siempre?, se preguntó.

Se frotó las mejillas y se pasó los dedos por la nariz.

¿Es mi cara de antes? ¿Parezco yo?

Al tacto no lo distinguía.

—¡Tengo que encontrar un espejo! —exclamó en voz alta.

Ansiosa por ver si su rostro había recobrado la normalidad, corrió hasta la puerta de su casa y llamó al timbre.

A los pocos segundos se abrió la puerta y apareció Noah, que levantó los ojos hacia su rostro y empezó a gritar:

—¡Quítate esa máscara! ¡Quítate esa máscara! ¡Estás espantosa!

—¡No! —exclamó Carly Beth, horrorizada.

La máscara debía de haberle cambiado la cara.

—¡Oh, no!

Apartó a su hermano de un empujón, echó al suelo la cabeza y la máscara y corrió al espejo del pasillo.

Su rostro le devolvió la mirada. Totalmente normal. Su cara de antes, la cara de siempre. Los ojos castaños, la frente ancha, la nariz chata que siempre había querido tener más larga.

Jamás volveré a quejarme de mi nariz, pensó feliz.

Volvía a tener una cara normal. Todo era normal.

Mientras se miraba al espejo, oía reírse a su hermano en el recibidor.

Se volvió enfurecida.

—¡Noah! ¿Cómo has podido...?

Su hermano rió entonces con más ganas aún.

—Era sólo una broma. No sé cómo has vuelto a picar.

—¡Pues para mí no era ninguna broma! —replicó Carly Beth con enfado.

Entonces apareció su madre por el extremo del pasillo.

—¡Carly Beth! ¿Dónde estabas? Hace una hora que te estoy esperando.

—Lo siento, mamá —repuso Carly Beth sonriendo.

Estoy tan contenta que no sé si alguna vez dejaré de sonreír, pensó.

—Es una larga historia —le dijo a su madre—. Una larga y

extraña historia.

—¿Pero estás bien? —La señora Caldwell entrecerró los ojos para observar atentamente a su hija.

—Sí, estoy bien —respondió Carly Beth.

—Ven a la cocina —le ordenó la señora Caldwell—. Te he guardado un poco de sidra caliente.

Carly Beth siguió a su madre hasta la cocina, cálida y luminosa. El aire estaba impregnado del dulce aroma de la sidra.

Jamás en la vida se había alegrado tanto de estar en casa. Le dio un abrazo a su madre y se sentó en un taburete ante el mostrador que separaba la cocina del salón.

—¿Por qué no te has puesto el disfraz de pato? —le preguntó la señora Caldwell, sirviéndole una taza de sidra humeante—. ¿Dónde has estado? ¿Por qué no estabas con Sabrina? Ha llamado dos veces para preguntar si habías llegado.

—Es que... —empezó a decir Carly Beth—. Es una historia muy larga, mamá.

—Yo no tengo prisa —dijo su madre, depositando la taza delante de Carly Beth. Se inclinó sobre el mostrador, apoyó la barbilla en una mano y dijo—: Vamos, cuéntamelo.

—Bueno... —Carly Beth vaciló—. Ahora ya está todo arreglado, mamá. No pasa nada, pero...

Antes de que pudiera decir una palabra más, Noah irrumpió en la cocina.

—¡Eh, Carly Beth! —gritó con voz grave y ronca—. ¡Mírame! ¿Qué tal me queda tu máscara?



R. L. STINE. Nadie diría que este pacífico ciudadano que vive en Nueva York pudiera dar tanto miedo a tanta gente. Y, al mismo tiempo, que sus escalofriantes historias resulten ser tan fascinantes.

R. L. Stine ha logrado que ocho de los diez libros para jóvenes más leídos en Estados Unidos den muchas pesadillas y miles de lectores le cuenten las suyas.

Cuando no escribe relatos de terror, trabaja como jefe de redacción de un programa infantil de televisión.